ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

TORMENTO

COMEDIA DRAMATICA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

FEDERICO URRECHA

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1892

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1892.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
4	4	A la que salta..........	1	Fidel Melgares.....	Todo.
»	»	Cinco minutos de angustia..............	1	J. Mota y González..	»
»	»	Del sepulcro al hospital.	1	N. Orozco..........	»
»	»	El estanco de Juanito sop	1	Tomás Luceño......	»
»	»	El modelo............	1	José de Ansorena....	»
2	2	El pan nuestro.........	1	Regino Chaves......	Mitad.
»	1	El primer desengaño (monólogo)..........	1	N. Díaz Escovar......	Todo.
»	»	El salva-vidas..........	1	J. Pérez Zúñiga.....	»
»	»	La guía de Sevilla (Revista)...............	1	Olmedo, Feria y Cabrera	»
»	»	La viuda de Rodríguez..	1	Leoncio González ...	»
»	»	Las recomendaciones...	1	Tomás Luceño......	»
»	»	Guardar el equilibrio...	1	Gascón y Serrano....	»
1	2	Pepe Santiago.........	1	Arístides Gómez.....	Mitad.
»	»	Pequeñeces............	1	Carlos Mavillard.....	»
»	»	Sobre la tumba de una madre................	1	David del pino......	Todo
»	»	Un cero á la izquierda..	1	H. Criado.	»
»	»	Un duelo en la ventana..	1	Agustín Navas.....	»
»	»	El tercer aniversario ó la viuda de Napoleón....	2	Ricardo de la Vega..	»
»	»	Las oscuras golondrinas.	2	F. Pérez y González.	»
10	4	Los calaveras..........	2	E. Sánchez Pastor...	»
»	»	El obstáculo...........	3	E. Mario (hijo)......	»
»	»	El mártir de agena culpa	3	Juan Maillo.........	»
»	»	El primero de Mayo....	3	E. Martín Contreras..	»
»	»	Realidad..............	5	B. Pérez Galdós.....	»

ZARZUELAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad
»	»	Antón Perulero........	1	José Estremera.....	L.
»	»	Corte y cortijo.........	1	Villegas y Valverde (hijo)............	L y M.
»	»	El licenciado de Villamelón................	1	E. Ruíz Valle.......	1|2 L.
»	»	El paso de Judas	1	J. Valverde (hijo)...	M.
»	»	El señor Juan de las Viñas ó los presupuestos de Villa-Anémica....	1	J. Valverde (hijo)....	M.
10	8 c	Ensayo general ó concurso de acreedores.....	1	Pérez-Stella y García Salgado..........	L.
»	»	La casa encantada.....	1	Sinesio Delgado.....	L.
»	»	La comida de boda.....	1	H. Criado y Baca....	1|2 M.
»	»	La madre del cordero..	1	Irayzoz y Jimenez...	L y M.

TORMENTO

TORMENTO

Comedia dramática en tres actos, en prosa

ORIGINAL DE

FEDERICO URRECHA

Estrenada en el TEATRO DE LA PRINCESA la noche del 2 de Mayo de 1892.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
ISABEL...............	DOÑA.	MARÍA TUBAU.
SARA.................	»	CONSUELO BADILLO.
JULIA................	»	JOSEFINA ALVAREZ.
DANIEL...............	DON	ENRIQUE SÁNCHEZ DE LEÓN
CONTRERAS............	»	JOSÉ VALLÉS.
ESPINOSA.............	»	RICARDO GUERRA.
ANDRÉS...............	»	AGAPITO CUEVAS.
CALDERÓN.............	»	RICARDO MANSO.
CARLOS...............	»	FRANCISCO ALVAREZ.
ARIAS................	»	LUIS VILLANOVA.
CRIADO...............	»	JOSÉ MARÍN.
ÍDEM.................	»	VENTURA VÁZQUEZ.

1870-71

El primero y tercer actos, en casa de Espinosa.—El segundo, en casa de Daniel.

ACTO PRIMERO

Salón en casa de Espinosa. Lujo en la estancia. A la derecha, chimenea y puerta. Puertas á la izquierda y al foro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y ARIAS

ARIAS. No hubiera cumplido exactamente con mi deber subiendo al despacho, por el jardín, sin saludar antes á usted.

ISABEL. Es un homenaje indebido, pero al que me he acostumbrado yá. Gracias, Arias. Nos es usted doblemente precioso; de día, como el primero y más fiel empleado de la casa, y de noche como el más bueno de los amigos.

ARIAS. Señora... Con su permiso...

ISABEL. Pero ¿ni un minuto de conversación siquiera? Son ustedes insoportables los hombres de negocios.

ARIAS. (Sentándose.) No quiero que lo repita usted. Hablemos cuanto usted guste... aunque debiera primero ver al amo de la casa.

ISABEL. Urgente, como ponen ustedes en los sobres. (Pausa.)

Vaya, soy muy torpe; hasta este momento no había echado de ver que está usted preocupado.

ARIAS. ¿Preocupado yo?

ISABEL. Usted; ya no le dejo irse.

ARIAS. ¿Un interrogatorio?

ISABEL. Interrogatorio... y súplica.

ARIAS. ¿Súplica de usted? ¿Y á mí? Interrogar, cuando usted guste, y juzgar tambien; suplicar, no.

ISABEL. Sí, porque tal vez sin la súplica se negaría usted á decirme la verdad. Ayer he pasado mal día; donde quiera que fuese, hiciera lo que hiciera, me acompañó el presentimiento. ¿Cree usted en ellos?

ARIAS. Según.

ISABEL. Yo, siempre; es el dolor que se adelanta á sí mismo. Pues bien; ayer no ocurrió nada que diese razón á mi desasosiego; pero ví á mi marido tan preocupado como yo. Quiero que me diga usted la causa de su preocupación, si la sabe.

ARIAS. (Pausa.) Señora... (Levantándose.) Me duele que me obligue usted á ser poco cortés, pero mi deber es irme.

ISABEL. (Reteniéndole.) ¡No, Arias! ¿Ve usted cómo tengo que acabar suplicando? Siéntese usted. (Arias obedece.) ¿Qué sucede? ¿Se trata de intereses de la casa? Lo sospecho con tal fuerza, que casi no necesito que usted me lo diga.

ARIAS. (Vacilando.) Eso es... pero yo no debo hablar con usted de esto.

ISABEL. ¿Por qué no? ¿Es esa la causa de la preocupación de mi marido?

ARIAS. Sí.

ISABEL. Pues debe preocuparme á mí también.

ARIAS. Indudablemente, señora; pero no soy yo quien debe decírselo, sino su esposo.

ISABEL. ¡Él! Vamos, Arias... Estoy hablando con un hombre leal y honrado que lleva veinte años aquí, y sería ofender su penetración suponiéndole incapáz de notar que mi marido que me adora y respeta, no habla jamás

conmigo de estas cosas. ¡Quiere usted que viva tranquila, sintiendo que hay aquí algo visible para todos é invisible para mí? ¿Duda usted de que mi secreto deje de serlo porque yo lo sepa?

ARIAS. (Haciéndose alguna violencia.) Pues bien, señora; sus presentimientos pueden tener fundamento.

ISABEL. ¿Qué pasa?

ARIAS. Nada todavía hoy, nada tal vez mañana. La casa puede verse por inevitable combinación de las cosas, en una situación... llamémosla embarazosa.

ISABEL. Explíquese usted.

ARIAS. Procuraré hacerlo con la posible claridad, aunque el vocabulario de Bolsa y Banca es árido é ingrato para oidos de mujer.

ISABEL. Procuraré entenderlo. (Mirando al reloj.) Tenemos tiempo; hasta dentro de un cuarto de hora no vendrá nadie.

ARIAS. Bien; este es el caso... ¿Cómo explicaría á usted lo que es una jugada á fin de mes?

ISABEL. ¿Á fin de mes?...

ARIAS. Valga este ejemplo, único que me ocurre...

ISABEL. (Con gran atención.) A ver...

ARIAS. Usted y yo apostamos una cantidad, usted porque mañana á esta misma hora hay en el salón igual grado de temperatura que en este momento; yo porque hay menos creyendo que de aquí á entonces vendrá el frío á darme la razón y á hacerme ganar. Si dentro de estas veinticuatro horas, un cambio brusco hace bajar el termómetro, he ganado contra usted, lo cual, caso de suceder, sentiria mucho por usted y por la temperatura.

ISABEL. Eso es de una claridad admirable y creo que he comprendido. La casa ha jugado á fin de mes...

ARIAS Al alza.

ISABEL. ¿Y no hay alza?

ARIAS. No. Las noticias de la guerra entre Francia y Alemania, han caído sobre la Bolsa con tan terrible pesadumbre, que tenemos ya fuerte diferencia en contra.

ISABEL. ¿Y los recursos?

ARIAS. Si de aquí á mañana, fin de mes, se contuviese la baja, pagaríamos con los propios, pero lo probable es que no se contenga.

ISABEL. ¿Se sabe eso?

ARIAS. Casi; la guerra ha entrado en un camino cuyo fin no se ve; todo está oscuro y lleno de temores. Además...

ISABEL. ¿Hay más?

ARIAS. Sí; hay ese cabo suelto que no tiene importancia en las situaciones normales y la tiene decisiva en los momentos de apuro. La casa debe pagar por aviso telegráfico y con todas las condiciones de urgencia, un *cheque* de doscientas mil pesetas á la vista.

ISABEL. ¿De quién?

ARIAS. No lo sé, ni eso importa; uno cualquiera que sitúa aquí sus fondos porque así le convendrá, pero que lo hace en la peor de las ocasiones.

ISABEL. ¿Y hay que pagarle?

ARIAS. En el acto, ó echar nuestro crédito á la calle para que lo rasgue la opinión pública. (Levantándose.) No puedo decir á usted más, porque nada más hay. He hablado porque usted lo exigió y seguramente he hecho mal.

ISABEL. (Dándole la mano.) Gracias, Arias. Vaya usted ya que es usted más necesario que nunca. ¿Vendrá usted luégo?

ARIAS. Vendré si acabo á tiempo, para hacer el tresillo con el brigadier.

ISABEL. Hasta luégo, Arias. (Vase Arias por la derecha.)

ESCENA II

ISABEL y el CRIADO; luégo CONTRERAS

ISABEL. (Queda pensativa un brevísimo instante; luégo se levanta, se dirige resueltamente hasta la derecha y se detiene.) ¡No! ¿Para qué preguntarle sobre lo que él no quiere decirme?

CRIADO. (En el foro.) Señora...

ISABEL. ¿Qué hay?

CRIADO. El señor de Contreras pregunta si puede pasar.

ISABEL. Que pase; es la hora del tresillo y estoy para todo el mundo. (Vase el Criado y vuelve con Contreras.) Más que nunca necesito de él. (Al entrar Contreras, se dirige Isabel cariñosamente á él.) ¿Por qué se hace usted anunciar? Le esperaba á usted.

CONT. ¡Me esperabas! ¿Cómo estás, hija mía?

ISABEL. Bien de salud, como siempre. Ya sabe usted que Dios me da en esto más de lo que le pido... y de lo que quisiera.

CONT. (Sentándose en el primer término junto á Isabel.) Vaya, vaya... ¿He venido en mala hora?

ISABEL. (Haciendo un esfuerzo sobre sí misma.) Usted no puede venir nunca en mala hora; yo soy la que estoy siempre en una de ellas.

CONT. Bueno, hablemos de otra cosa; lo importante es que estés bien de salud.

ISABEL. Pero mal de tranquilidad. Hablemos de esto.

CONT. (Resignándose.) Como quieras. ¿Qué te sucede?

ISABEL. Á mí sola, no: á todos.

CONT. ¿Á mí también?

ISABEL. También; si lo que es triste para nosotros lo es para usted.

CONT. ¿Nubes de verano?

ISABEL. ¡Ojalá! Nube de invierno, negra y triste. Acabo de saber, que los negocios de mi marido no van bien.

CONT. Lo sabía.

ISABEL. ¡Y no me ha dicho usted nada!

CONT. Porque nada sabía ayer. Tu marido me lo dijo esta mañana, forzado por la necesidad de aconsejarse de alguien; ya sabes que no es hombre que cuente estas cosas á todo el mundo, y hace bien. Ni su propio hijo está al tanto de lo que ocurre.

ISABEL. Soy torpe para entender estas cosas. ¿Qué opina usted, Contreras?

CONT. Creo que, efectivamente, en veinticuatro horas puede variar vuestro modo de vivir. Si tu marido fuera un pícaro en vez de ser un hombre honrado, la situación tendría muchas salidas. ¿No te ha dicho nada él?

ISABEL. Nada; pero durante todo el día le he visto, contra su costumbre, silencioso y preocupado.

CONT. ¿Y le has consolado, Isabel?

ISABEL. (Confusa.) No... no le he dicho nada.

CONT. (Con cariñosa severidad.) Has hecho mal; era tu deber.

ISABEL. (Con amargura y un punto de vehemencia.) ¡Mi deber, Contreras...! ¡Cuántos años hace que cumplo con él sin quejarme!

CONT. (Pausa.) ¿Y cuántos que lo olvidaste?

ISABEL. ¡Oh! ¡Perdóneme usted!

CONT. (Levantándose y cerrando en la derecha.) Pasa el tiempo sin curarte de tus impulsos voluntariosos, y me obligas á que de vez en cuando te riña como tu padre te reñía, y me acuerde de que me encargó de tu tutela moral. Recuerda que debes á Lorenzo un nombre respetado, y no olvides que de alguna manera hay que pagar ciertas cosas. (Movimiento reprimido en Isabel.) ¿Por qué ha de pesarte el deber ahora si no te pesó antes? Lorenzo te quiere con el sosegado respeto que tan bien encaja en su edad; tu hijastro es una escepción en la regla de los hijastros... ¿qué cosa echas de menos?

ISABEL. Nada. Tiene usted razón; Lorenzo es digno de mi respeto... y mi cariño.

CONT. No te exige más él, porque sabe que entre sus años y los tuyos no puede ser de otro modo... En fin, basta de eso. ¿Qué más sucede? (Levantándose otra vez junto á Isabel.)

ISABEL. Me deja usted que le llame padre, ¿verdad?

CONT. (Con efusión.) ¡Cómo! Te prohibo que me llames de otro modo. ¿Qué otra diablura perturba esta cabecita?

ISABEL. ¡Ojalá fuese esto cavilación mía que usted pudiera curar con un buen sentido! Se trata de mi situación aquí, Contreras.

CONT. ¡Tu situación! ¿Ha variado?

ISABEL. Puede variar.

CONT. ¿Cómo?

ISABEL. Como esto puede suceder; dejando de ser quien soy, porque otra ocupe mi lugar.

CONT. ¿Qué... Lorenzo?...

ISABEL. ¡Oh, no! Se respeta y me respeta demasiado para temer de su parte semejante inconveniencia. Pero lo que no haría nunca mi marido con una querida, puede hacerlo con la mujer de su hijo.

CONT. ¿Andrés...?

ISABEL. Yo he sabido esto por Arias, el conducto por donde llegan á mí las malas noticias. Andrés está enamorado, seriamente enamorado.

CONT. Bueno; pero...

ISABEL. No se esfuerce usted en pintarme la situación distinta de lo que sería. Bien sabe Dios que le quiero cuanto puede quererse á un hombre, que es para mí casi un hijo, y que haría su felicidad á cambio de la mía... si yo pudiese ser feliz alguna vez. Pero la presencia aquí de una mujer, sea quien fuere, me ha de hacer la vida todavía más sola, todavía más penosa... (Levantándose.) La vida así me sería imposible, Contreras.

CONT. Eso será una novela de enamorado principiante.

ISABEL. No, es cosa muy seria; tan seria como debía serlo en un hombre como Andrés, de carácter firme y que vive más dentro que fuera de sí mismo.

CONT. Bien, pues no quiero engañarte, Isabel; también sabía algo de eso; Lorenzo me indicó hace días el proyecto, que ve con gusto, y es natural. ¿Sabes quién es ella? (Esta pregunta con desconfianza.)

ISABEL. No. ¿Qué me importa? Una mujer... otra mujer. Sea quien sea, buena ó mala, peor cuanto más buena, me aislarán sin quererlo más aún, y tendré que vivir del amargo recuerdo. ¡Oh, no, imposible!

CONT. Me asusta tu empeño en proponerte un problema... y enredarlo todo lo posible.

ISABEL. (Parándose frente á Contreras.) No, Contreras, no; con usted puedo dejar salir la verdad á los labios, esta verdad que tanto me cuesta guardar. Y la verdad es que, cuanto más lejos estoy de lo pasado, más deseo lo que no tengo; aquí (En el corazón.) siento un vacío penoso y quiero llenarlo, necesito llenarlo. ¿Cómo? ¡No sé... no sé...!

CONT. (Levantándose y acercándose á Isabel.) Lo de siempre, Isabel... ¿Qué buscas, qué quieres?

ISABEL. (Con vehemencia apenas reprimida.) ¡Mi hija! ¡Eso quiero!

CONT. (Cogiéndola de un brazo y con tono enérgico, que casi cubre las palabras de Isabel.) ¡Calla, imprudente! (Pausa brevísima durante la cual mira Contreras en torno con recelo.) Ni aun á solas conmigo puedes hablar de ese modo... Pero, ¿es que eres tú capáz de cometer la mayor de las locuras? Cállate, digo. ¿Quién se acuerda ya de eso?

ISABEL. ¿Quién? Yo... (Movimiento en Contreras.) yo, sí, desde entonces, sin un solo día de olvido, sin uno solo, Contreras! (Sentándose sin fuerzas.)

CONT. (Pausa. Mirándola conmovido y hablando afectuosamente sobre ella.) Vamos, Isabel, hija mía, tú que me oyes siempre con respeto, ¿crees que haría caso de tí si me pidieras la luna?

ISABEL. (Cogiendo suplicante y llorosa las manos de Contreras.) Es que yo no pido lo imposible, Contreras, sino lo que está en manos de un hombre, en las de usted, mi padre, mi verdadero padre.

CONT. (Soltándose y paseándose con un poco de agitación.) Vaya, vaya; tienes un acceso de fiebre en el espíritu. ¿Quién se acuerda de los muertos más que para llorarlos? Serénate; pueden venir y conocer tu sobreexcitación.

ISABEL. ¡Los muertos!... ¿Quién lo sabe? ¿Dónde he visto yo la prueba? Yo sé que no ha muerto.

CONT. (Volviéndose vivamente.) ¿Quién te lo ha dicho?

ISABEL. (Poniéndose la diestra sobre el corazón.) ¡Éste!

CONT. ¡Niñerías! Pero vamos á ver, equilibra tu juicio y díme:

¿es que crees que puedes hablar de esto con nadie, excepto conmigo?

ISABEL. No.

CONT. Entonces, aun suponiendo que fuese verdad eso de la voz de tu corazón, que ha sido siempre pura monserga, ¿para qué quieres lo que no podrías llamar tuyo? Vamos, esta es una pesadilla casi borrada por el tiempo; su padre se la llevó...

ISABEL. ¡Me la robó!

CONT. No, se la llevó porque debía llevársela; porque no podía ser de otra manera. (Pausa. Contreras habla paseándose; Isabel escucha mirándole y sonriendo incrédulamente.) Ni de Daniel ni de la niña ha vuelto á saberse, ni falta que hace. Es decir, yo sí sé y tú también, porque tuve cuidado de decírtelo para cortar por lo sano, que la niña murió al año en París, del sarampión, creo... sí; de eso se muere el ochenta por ciento de los niños. Ya ves que la cosa no tiene nada de particular. Y desde el momento en que murió hicimos punto y aparte; tú dejaste de ser lo que eras, diste con un hombre honrado y bueno que necesitaba regularizar su casa, y te convertiste en la señora de Espinosa. (Acercándose á Isabel y cogiéndola la mano.) Una mujer nueva, respetada, considerada, buena... porque eres buena aunque quieras hacerme creer lo contrario, como si yo no supiera que pecaste por inexperta, por un azar de tu mala suerte, ¡qué sé yo! por cualquier cosa, excepto por perversa.

ISABEL. (Con amargura.) ¡Qué bien juzga usted de mi corazón... desde fuera! Si usted supiera que este es mi pensamiento constante y único.

CONT. ¿Daniel?...

ISABEL. (Con melancólico desprecio.) ¡Él...! Le he olvidado hace tiempo, mucho tiempo; fué uno más, cobarde como todos; pero ¿con qué derecho me robó mi hija? (Movimiento en Contreras.) Sí, no quiero discutir eso: me la robó, me la robaron todos... Yo hubiese pasado por

todo con tal de tenerla, por el hambre, preferible á esta horrible hartura; por la vergüenza que usted me evitó haciéndome dueña de esta casa... (Movimiento en Contreras.) Déjeme usted acabar, Contreras, déjeme usted que eche parte de este peso... Si no hubiera aceptado, hoy la tendría, sería mía. ¿Tendríamos hambre? Bueno, comería lo mío y yo estaría pagada con verlo: ¿me señalarían con el dedo? No, nadie avergonzaría á una madre que ha vuelto á ser honrada para que su hija á su vez no se avergüence de ella! (Solloza.)

CONT. Pues para él has debido perderte como una gota de agua en el mar. ¿Sabes que se casó en Méjico?

ISABEL. Sí, lo supe y lo he olvidado también; prueba de que me es más indiferente que cualquiera de los amigos de mi marido que vienen aquí; éstos, al menos, no me han hecho daño, pero ¡él!

CONT. Mejor para todos, Isabel. Olvida y pon freno á tus nervios aunque te duela.

ISABEL. (Encogiéndose de hombros.) ¡Olvidar! ¡Bah! No está en nuestra mano.

CONT. Bien vale tu tranquilidad que hagas un esfuerzo.

ISABEL. Es que todo me acosa á la vez. (Aparece en el foro el Criado dando paso á Calderón, Julia y Andrés.)

CONT. (¡Silencio!)

ESCENA III

DICHOS; ANDRÉS, CALDERÓN y JULIA por el foro. Andrés en traje de casa, Calderón y Julia en traje de calle.

ANDRES. ¿Eh? ¿No les dije á ustedes que los encontraríamos conspirando? (Andrés abraza cariñosamente á Isabel.)

CALD. ¿Qué tal, Isabelita? ¿Cómo vamos, amigo Contreras? (Julia saluda á Isabel sentándose á su lado, Andrés detrás del asiento de Isabel.)

CONT. Bien, brigadier. ¿Y ese valor?

CALD. Así, así. (A Isabel.) ¿Conque conspirando?

ANDRES. Sí, brigadier.

CONT. Y contra tu padre.

CALD. ¡Hola, hola! En hablando de conspiraciones me echo á temblar. Precisamente mandando yo el regimiento de...

JULIA. (Que está hablando formando grupo con Isabel.) ¡Cállate, Calderón!

CALD. Pero mujer, si lo que iba á decir no lo he contado nunca. (Yéndose un poco al foro con Contreras.)

ANDRES. (A Isabel.) Está usted más guapa que nunca, señora madrastra.

ISABEL. Y usted más adulador que nunca, señor hijastro.

ANDRES. ¿Adulador? (A Contreras.) Contreras, venga usted á ser juez de este pleito.

CONT. (Bajando con Calderón.) ¿Ya tienes un pleito?

ANDRES. ¡Que ganaré! ¿Es verdad ó no que parece mi hermana mayor? (Indicando á Isabel.)

CONT. Has ganado; eso la decía cuando ustedes llegaron y añadí que conspirábamos contra tu padre; porque si enviudase... ¿eh, brigadier?

CALD. Me casaría con ella... digo, se casaría usted con ella.

CONT. Precisamente.

CALD. No sería el primer caso; estaudo yo de guarnición en...

JULIA. ¡Que te calles, Calderón!

CALD. ¡Pero si tampoco esto lo había contado nunca!

ISABEL. (A Calderón.) Paciencia, brigadier. Nos interrumpe usted.

CALD. Advierto á usted que mi mujer me ha tenido toda la tarde de aquí para allá, en busca de esas hojas que no parecen por ninguna parte.

JULIA. No las encnentro.

ISABEL. Como que son nuevas y las que yo tengo me las han mandado directamente de Alemania. (A Julia.) Verá usted; son de goma...

CALD. (Á Andrés.) ¡Pero y nuestra partida! ¿No viene el amigo Espinosa?

ANDRES. Está encerrado pero no tardará. Entre tanto se le permite á usted que se entregue en brazos de *La Correspondencia*, brigadier.

CALD. Temo dormirme, pero en fin... (Se sienta á la izquierda, saca *La Correspondencia* y lee; Andrés detrás del confidente; Contreras delante, atento á lo que las señoras dicen.)

ANDRES. No debía haber hablado; estoy de monos contigo

ISABEL. ¿Tú de monos conmigo? ¿Por qué?

ANDRES. Porque me has puesto mala cara todo el día.

ISABEL. ¡Yo! Has visto visiones.

ANDRES. Pues lo mismo ha visto mi padre. ¿Qué te hemos hecho?

ISABEL. Nada, tonto; es que he tenido un poco de jaqueca.

JULIA. Horrible, hija; yo también me pongo así y no me aguanta mi Calderón.

CONT. (Lo creo.)

ANDRES. Y precisamente hoy que hubiera querido verte más contenta que nunca, porque... hay novedades.

ISABEL. ¿Agradables?

ANDRES. Agradabilísimas; ya he hecho mi inscripción en el colegio de Abogados.

CONT. ¿Vas á ejercer?

ANDRES. Sí, aunque no lo necesito; pero la vida es para luchar, un combate.

CALD. (Por encima del periódico.) ¿Un combate? ¿Dónde? ¿Y los franceses?

JULIA. En Francia; cállate y déjanos.

CALD. ¡Esto es una tiranía insoportable! (Vuelve á la lectura.)

CONT. Pues no me parece tan agradable la noticia; Andrés, van á llover sobre tí los pleitos civiles como una plaga faraónica.

ANDRES. Nada de pleitos; el pleito es la provechosa herrumbre de la abogacía. Hay una especialidad que casi es un sacerdocio: (Pasa al centro junto á Contreras.) la criminalista.

CONT. Entiendo poco de eso: los abogados me habéis ins-

pirado siempre supersticioso terror; á ver, á ver tu programa.

ISABEL. Te oímos aunque parezcamos entretenidas con las flores artificiales.

ANDRES. Bien, pero... no sé si debo dar á ustedes un curso de práctica forense... Parece pretencioso...

CONT. Vamos, anda, anda; daremos lugar á que venga tu padre.

ANDRES. Bueno, pues... es una atrocidad; así parecerá, pero, ¿no les parece á ustedes que hay que reformar de arriba abajo el Código?

CONT. Hombre, hombre...

CALD. (Levantándose un momento.) (Reforme usted; implante usted el divorcio.) (Vuelve á sentarse.)

ANDRES. (A Calderón.) Pudiera ser... pero por el pronto me dedico á defender á los criminales inocentes.

JULIA. ¿Quienes son esos?

ANDRES. ¿Que quién son? Todos los que van al delito arrastrados por una pasión noble. El que mata por robar es un miserable: el que mata por... celos es un desventurado. Yo, Código, diría al primero: ¡á presidio! y al segundo, ¡á la calle!

CALD. ¡Canastos! ¡Muy bien!

JULIA. ¡Cállate, Calderón!

ANDRES. Déjele usted, porque está en lo firme.

CONT. Mira que no hay verdades absolutas.

ANDRES. Pocas, pero las hay. (A Calderón.) Brigadier, usted que es el buen sentido, ¿qué hace usted con una mujer que cae? (Julia é Isabel vuelven á su conversación. Andrés se acerca á Calderón.)

CALD. (Mirando con recelo á Julia.) Pues... si no voy con mi mujer, doy el brazo á la caida y la llevo á su casa; y si voy con mi mujer, la dejo que se reviente.

ANDRES. ¡Já, já! No es eso, Calderón: hablo de una caída moral.

CALD. (A Andrés en voz baja.) Según de quien se tratase. Si fuese mujer, formar consejo de guerra.

ANDRES. ¿Y fusilarla?

CALD. (Con expresión de deseo de que así fuese.) ¡Ay, amigo mío! (Vuelve á sentarse.)

ANDRES. Este tema de las mujeres pecadoras es más social que forense, (Isabel escucha con atención.) y se discutirá mientras ellas opinen de un modo y nosotros de otro (Pasa detrás de Isabel y la coge la cabeza, que echa atrás cariñosamente.) Y si no, verán ustedes cómo opina mamá Isabel.

ISABEL. (Un poco turbada.) ¡Cómo! ¿Qué? ¿Pero qué dices, loco?

ANDRES. Digo, que un hombre que mata por amor y una mujer que peca y se arrepiente, tienen derecho al perdón y al olvido.. ¿Es eso?

ISABEL. (Después de una pausa, y suspirando.) Eso es.

ESCENA IV

DICHOS; por la derecha ESPINOSA y ARIAS; éste sale cuando lo indica el diálogo, saludando con una inclinación de cabeza á los demás; un CRIADO por el foro, que prepara á la izquierda la mesa de tresillo y el velador de café.

ESP. (Deteniéndose con Arias, en la segunda de la derecha.) Veremos, Arias; no deje usted de avisarme si hay telegrama de París de última hora. En cuanto á la letra, el tenedor, á quien espero esta noche, dirá probablemente algo. Si hay que pagar, se paga hasta el último céntimo. (Vase Arias.)

ANDRES. (Abrazando á su padre.) ¿Estás en día de liquidación?

ESP. Sí (Saluda á los demás.) Y ruego á todos me perdonen la tardanza.

CALD. Nada, nada; el deber ante todo. Siempre que yo estaba de guardia...

ANDRES. (Con cómico acento de súplica.) ¡Calderón!

CALD. ¡Hombre, tambien tú!

ESP. (A las señoras.) ¡Siempre con esas labores nuevas!

ISABEL. Estoy enseñando á Julia. ¿Quiere usted ver las hojas

nuevas de París? Están aquí mismo, en mi tocador. (Por la primera de la izquierda.)

JULIA. Vamos. (Las señoras se levantan, dirigiéndose á la primera de la izquierda.)

ANDRES. ¿Qué es esto? ¿Nos dejan ustedes?

ISABEL. Vamos á buscar las begonias.

ANDRES. Es que el té viene en seguida.

ISABEL. Y nosotras también. (Vanse.)

ESCENA V

ESPINOSA, CONTRERAS, CALDERÓN y ANDRÉS

CONT. (Llevando á Espinosa á la derecha.) Estaba deseando hablarte.

ESP. ¿Qué pasa?

CONT. Pasa, que has perdido la confianza en mí.

ESP. ¿Yo?

CONT. Tú. Estoy enterado de tu situación, Lorenzo. ¿Has llamado á alguna puerta antes que á la mia? Habrás hecho mal.

ESP. A ninguna, Felipe; pero si á alguna llamara, sería á la de mi propio acreedor, pidiéndole una prórroga, como es corriente. El pago sería insignificante en otra situación, pero en la actual, es para mí el todo.

CONT. ¿Hablas del tenedor de la letra de París?

ESP. Sí; es mi acreedor, mi amigo, desde esta noche, y... (Mirando á Andrés.) y algo más que voy á contarte.... (Quedan hablando animadamente, y Contreras da visibles muestras de desasosiego durante el relato que le hace Espinosa; Andrés ha permanecido en la primera de la izquierda, como viendo lo que Isabel y Julia hacen en el tocador.)

CALD. (Dejando de golpe sobre las rodillas el periódico que ha estado leyendo.) ¡Hombre, qué barbaridad!

ANDRES. (Volviéndose á Calderón.) ¿Qué es eso?

CALD. Pues una noticia grave, de todo punto grave. ¡Y no se ha dicho nada en todo el día!

ANDRES. ¿Pero qué es ello, brigadier? ¡Lea usted sin más preámbulos!

CALD. Oye, oye... «Al salir esta tarde de la Cámara el Presidente del Consejo, se encontró con el jefe de la oposición liberal. Después de un animado tiroteo de frases sobre el acta de Villamentida, (Siguiendo la lectura en la parte superior de la plana.) dió aquél al segundo una puñalada, que por fortuna no le alcanzó....»

ANDRES. (Cogiendo el periódico.) ¡Qué atrocidad! ¡Eso no puede ser, brigadier!

CALD. ¡Carambola! ¿Cómo que no? ¡A ver qué dice ahí!...

ANDRES. (Lee. Pausa.) ¡Hombre, ya decía yo!

CALD. ¿Qué?

ANDRES. Que se ha comido usted una columna. (El Criado prepara en el velador el servicio de té.)

CALD. ¿Qué me he comido?... Vea usted...

ANDRES. (Lee.) «El presidente del Consejo... (En lo alto de la plana.) departió amigablemente, etc.» Lo de la otra columna es de los sucesos de ayer.

CALD. (Consternación cómica.) ¡Una columna! ¡He copado una columna!... ¡Chico, en toda mi vida militar me ha sucedido cosa igual! Mira, precisamente el año de mil ochocientos cincuenta y cuatro... (Andrés hace un gesto de resignación y escucha.)

ESP. (Á Contreras.) Esta es la situación sin atenuar ni exagerar. Si el tenedor de la letra hace uso de su derecho cobrando á la vista, pago y me arruino.

CONT. Pídele un plazo.

ESP. Imposible, por varias razones. Me encuentro en una situación difícil para con él.

CONT. ¿Por Andrés?

ESP. Sí; Andrés fué á verle de mi parte cuando llegó, hace dos meses... y no ha dejado de volver un solo día. Ya sabes lo que esto significa... (Al ver acercarse á Andrés.) ¡Calla!

ANDRES. Todos huyen hoy de Calderón. ¿Y la partida?

CALD. Yo no he dicho nada.

CONT. ¡Vamos, vamos... (Todos se dirigen á la mesa del tresillo.)

ESCENA VI

DICHOS; ISABEL y JULIA, por la primera de la izquierda. Isabel con un paquete de hojas que coloca sobre la falda al sentarse.

JULIA. Son preciosas y parecen naturales.
ISABEL. Si las pide usted á París, pídalas dobles.
JULIA. Bien, ¿y cómo se unen?
ISABEL. Ahora, en cuanto sirva á los tresillistas. (Isabel empieza á servir á los hombres. Julia queda en el confidente manejando las hojas.)

ESCENA VII

DICHOS; CARLOS, por el foro.

CARLOS. (En el foro.) ¡Oh, *splendid*, *merveilleux*! ¡Buenas noches! (Carlos saluda á todos y á Julia con un abrazo.)
CALD. Es usted oportuno por carambola, señorito.
CARLOS. ¿Por qué, papá?
CALD. Porque si te descuídas te quedas sin té.
CARLOS. No he podido desenredarme hasta ahora. Hemos tenido sesión borrascosa en la directiva del *Lila-Club*.
CONT. (Con sorna.) Habrá sido muy interesante.
CARLOS. ..... tísima, don Felipe. ¡Como que se trata de forrar de nuevo la sillería, y hay directivos que optan por el granate, y otros que no!
CONT. Sí que es interesante eso. ¿Y tú, niño?
CARLOS. Yo he presentado una enmienda por el verde musgo.
JULIA. Tú estás en lo cierto. El verde musgo es muy elegante.
CONT. Y muy nutritivo...
CARLOS. (Dando una palmadita en el hombro á Contreras.) Siempre de broma.
ISABEL. (Presentando á Carlos una taza.) ¿Mucha azúcar?

CARLOS. No, dos torrones.

CONT. Terrones.

CARLOS. ¿Qué?

CONT. Te-rro-nes.

CARLOS. Bueno, lo mismo da con tal que endulce. El presidente, (Isabel, que ha acabado de servir, vuelve al lado de Julia. Contreras la mira frecuentemente y como con deseo de hablarla, que impide la presencia de los demás.) es verde, como yo.

JULIA. ¿Cómo verde?

CARLOS. Sí, está por el verde; pero los del granate piden junta general. . Á propósito, Andrés: necesitaré tu firma para un voto de confianza mañana.

ANDRES. ¿En favor del verde?

CARLOS. Naturalmente.

ANDRES. Cuenta con ella

CARLOS. (Haciendo señas á Andrés.) Además...

ANDRES. ¿Qué?

CARLOS. Con permiso... (Andrés se levanta y se coloca con Carlos en el primer término de la izquierda.)

ANDRES. ¿Has ido?

CARLOS. Sí. (El diálogo en voz baja y rápido. Se oye el rumor de los que juegan.)

ANDRES. ¿Vendrán?

CARLOS. Sí; el padre me encargó que diera las gracias al tuyo.

ANDRES. Y... ella, ¿qué dijo?

CARLOS. Nada; pareció alegrarse mucho. (Mirándole sonriendo y dándole un amistoso golpe.) ¡A mí no me la das tú, abogadillo!

ANDRES. Ni lo he pretendido; pero calla.

JULIA. ¿De qué tratan ustedes ahí en secreto, jóvenes?

CARLOS. Nada secreto, mamá; hablábamos del Club.

CALD. ¡Cogidos! ¡Cogidos! ¡Tenía yo el triunfo! (Á Isabel.)

JULIA. Pero falta aquí una pieza fuerte para unir el todo. (Por un puñado de hojas de begonia.)

ISABEL. Lo más importante; como que sin ella estaría demás la lección. Debe haber venido con las hojas... (Isabel

se levanta para dirigirse á la primera de la izquierda. Julia va á seguirla y la detiene Isabel.) No. Yo iré. No suelte usted el *bouquet*. (Julia vuelve á sentarse.)

JULIA. ¡Cuánta molestia!

ISABEL. Ninguna. Lo peor sería que no pareciesen los cabillos. (Vase.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos ISABEL

CALD. Decididamente no pueden ustedes conmigo. (Andrés y Julia en el confidente. Los demás en la mesa.)

CARLOS. ¿Has ganado, papá?

CALD. Como si fuera el dios del tresillo. Doy el desquite.

ESP. Es usted generoso; aceptado.

CRIADO. (En el foro.) ¡El señor de Villadarias!

ESP. (Levantándose.) ¡Mi cliente! ¡No hay desquite!

CALD. (¡Hombre! ¡Qué oportuno!) (Levantándose y bajando á la primera de la izquierda. Aparecen en el foro: Daniel, dando el brazo á Sara. Espinosa se dirige á ellos; Calderón de pie, junto á la mesa; Carlos y Andrés, en el fondo de la derecha; Julia, en el confidente; Contreras, junto á la primera de la izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS; DANIEL y SARA, por el foro.

CONT. (Da un paso para entrar por la primera de la izquierda en el momento de aparecer Daniel y Sara, y al verlos se detiene diciendo.) (¡No puede ser!) (Queda delante de la puerta como impidiendo el paso al que salga.)

ESP. No esperaba tan pronto la honra de esta visita, mi querido cliente.

DANIEL. Mi hija Sara...

ESP. (Ofreciéndola el brazo y bajándola al confidente.) ¡Encantadora!... ¿Esta señorita tendría la bondad de esperar

un momento á mi mujer? (Subiendo al fondo.) Mi amigo, el brigadier Calderón... su hijo Carlos... (Daniel saluda con una cortés inclinación de cabeza.) Mi mejor amigo, Felipe Contreras... (Espinosa se acerca de nuevo á Sara. Daniel baja un poco y mira con reprimida sorpresa á Contreras, que se inclina friamente. Carlos, Calderón y Andrés, forman grupo en el fondo.)

DANIEL. Si no me engaño, el señor de Contreras no me es desconocido.

CONT. No se engaña usted; soy el mismo. (Con intención.)

DANIEL. (Altivo.) Yo también.

CONT. Lo siento.

DANIEL. ¿Por qué?

CONT. Debe sentirse no ser mejor de lo que se ha sido.

DANIEL. Nos explicaremos mejor en otro sitio.

CONT. Creo lo mismo. (Se inclinan friamente. Contreras permanece en su sitio mordiéndose los labios y Daniel se acerca al grupo del fondo.)

ESP. Ruego á ustedes que se consideren como en su propia casa.

DANIEL. (Al grupo.) Con mucho gusto; pero empiecen ustedes por no interrumpir lo que hacían. ¿Jugaban ustedes al tresillo?

ANDRES. Y tomábamos té. (A Sara.) ¿Quiere usted una taza, señorita?

SARA. Con mucho gusto.

ANDRES. (Un poco aparte.) ¿Servida por mí?

SARA. Sí... ¡Gracias! (Daniel se prepara á servir la taza. El Criado, por la derecha.)

CRIADO. (A Espinosa.) El señor de Arias desea que baje usted al despacho para enterarle de un telegrama.

DANIEL. (Viendo que Espinosa vacila.) ¡Los negocios, ante todo!

ESP. Pueden esperar.

DANIEL. De ninguna manera, amigo mío.

ESP. Vuelvo en seguida. (Acercándose á Contreras.) (El telegrama de la última hora de París; el alza ó la baja; la ruina ó el crédito.)

CONT. (¡Ve á verlo, pero pronto!) (Vase Espinosa por la derecha. Al verle salir dice con suspiro de satisfacción.) ¡Gracias á Dios!

ESCENA X

DICHOS, menos ESPINOSA

CALD. Contreras de guardia junto á esa puerta... ¿Tanto le interesan á usted esas flores artificiales?

CONT. ¡Mucho!

CALD. Entonces no cuento con usted; pero (A Daniel.) si este caballero quiere concederme el honor de ser el tercero para una partida...

DANIEL. Con mucho gusto. (Se dirige á la mesa de modo que queda en el fondo.)

CALD. ¡Juguemos!

DANIEL. ¡Juguemos! Por lo que veo, brigadier, es usted el punto fuerte. (Andrés se ha acercado también á la mesa. Carlos, con las señoras.)

CALD. Pchs... regular. He perdido de lo que antes era. A propósito, referiré á usted un hecho que me ocurrió mandando el regimiento... (Quedan hablando; Daniel escucha cortesmente á Calderón, volviendo la espalda al público.)

ESCENA XI

DICHOS; ISABEL, por la izquierda.

ANDRES. (Al salir Isabel la detiene un momento y dice rápidamente.) (¡Valor, Isabel, estás en un momento peligroso!)

ISABEL. (¿Qué? ¿Qué dice usted?)

ANDRES. (Dirigiéndose á Isabel.) Iba á llamarte para presentarte á nuestros nuevos amigos. (Daniel se vuelve al oir á Andrés y éste añade.) Don Daniel de Villadarias, nuestro amigo y cliente.

ISABEL. (Clavada en el sitio y reprimiéndose.) ¡Jesús!

DANIEL. (Reprimiendo también un movimiento de ruda sorpresa y haciendo sobre sí un esfuerzo grande y visible.) (¡Isabel!)

CONT. (Al oído á Daniel, pasando junto á él.) (¡Silencio!)

DANIEL. (Inclinándose.) Señora... (Isabel se inclina con angustia y se dirige vacilante al confidente.)

ANDRES. (Presentando á Sara.) ¡La señorita Sara Villadarias! (Isabel, que se había dirigido dominándose hacia Sara, se detiene bruscamente entre las conveniencias que la obligan á mostrarse serena y el pasado, que de golpe trae Sara á su memoria.)

ISABEL. ¡Su!... (Pasándose la mano por el rostro y mirando con ansiosa fijeza á Sara.) (¡Dios mío!) (Contreras se acerca como para sostenerla. Isabel le rechaza con el gesto. Daniel contempla desde el fondo la escena con aire sombrío y contrariado. Julia y Carlos un poco atrás, y Andrés junto á Isabel, la miran con curiosidad.)

CONT. (Al acercarse á Isabel.) (¡Isabel!)

ISABEL. Dejadme...

SARA. (Confusa.) Señora...

ISABEL. (Haciendo sentar á Sara en el confidente, pasándola suavemente la mano por el rostro y balbuciendo.) Usted.. es usted... (Pausa.) ¡Qué hermosa, Dios mío, qué hermosa es!... (Dando un prolongado beso á Sara y rompiendo al fin á llorar en silenciosa explosión sobre el hombro de aquélla. Andrés se inclina sobre ella á punto que Daniel adelanta y dice con tono breve.)

DANIEL. ¡Sara!

ISABEL. (Incorporándose con esfuerzo, rechazando suavemente á Sara y dirigiéndose á Daniel.) No .. no tenga usted miedo por ella... ha sido... no sé... un dolor horrible... aquí... (En el corazón.) Nada, (Á Andrés.) nada... ¿ves? Ya pasó, ya estoy bien... esta señorita creerá ..

SARA. (Abrazándola.) ¡Oh, señora!... ¿Está usted mejor?

ISABEL. (Rechazándola suavemente como si temiera que su contacto la hiciera desfallecer de nuevo.) Sí, señorita... muy bien, ya pasó. Con un poco de reposo...

CALD. Eso; tal vez el calor de la sala...

CONT. Sí... creo que sí.

ANDRES. Pero, ¿estás repuesta del todo? Voy á avisar á mi padre...

ISABEL. (Con viveza.) ¡No! No siento nada, nada... (¡Dios mío!) (Sigue mirando á Sara, haciendo abstracción de los demás.)

CONT. (Con cierta autoridad en el tono.) Vamos á dejarte sola; yo sé que este es el mejor remedio para tus crisis de nervios.

JULIA. Los nervios. ¡Ay, hija, dichosos nervios! Vámonos, Calderón... digo, si Isabel no nos cree necesarios...

ISABEL. No... (Sonriendo forzadamente.) Verdaderamente, siento que la primera vez que esta señorita. . (Por Sara.)

DANIEL. Perdone usted, señora, (A Isabel.) que abrevie nuestra visita en provecho de un reposo que la hace falta, y que la exprese mi sentimiento por lo sucedido, (Con marcada intención.) que deseo no vuelva á ocurrir. Tendré sumo gusto en despedirme del señor de Espinosa. (Calderón, Carlos y Julia se han puesto los abrigos que ha traído el Criado y vuelven al primer término.)

ANDRES. Acompañaré á ustedes; y como hemos de pasar por las oficinas, le llamaremos desde la puerta. (A Isabel.) No me muevo de tu lado sin la seguridad de que estás repuesta del todo.

ISABEL. (Estoy bien... Vete para que se vayan los demás. Necesito quedarme sola, Andrés.)

JULIA. Adiós, Isabel.

CALD. A descansar... ¿De veras no hacemos falta?

ISABEL. No; gracias, Calderón; adiós.

SARA. (Aprovechando el momento en que Daniel deja paso en el foro á Calderón, Carlos y Julia que salen hablando con Contreras.) Adiós, señora... Me ha conmovido mucho lo sucedido... Volveré. (La da rápidamente un beso y vase por el foro.)

DANIEL. (Inclinándose friamente desde el foro.) ¡Señora!... (A Contreras.) Tendré sumo gusto en ver á usted de nuevo.

CONT. (Friamente.) Mañana.

DANIEL. Sea. (Vase.)

ESCENA XII

ISABEL y CONTRERAS. Contreras ha quedado en el foro viendo alejarse á los que han salido. Isabel ha caído sin fuerza y sollozando en el confidente; y después de breve pausa se levanta con ademán resuelto y se dirige al foro como queriendo seguir á Sara.

ISABEL. ¡No puedo más, no puedo más, Contreras! ¡Quiero verla! ¡quiero tenerla! ¡Es mía!

CONT.. (¡Silencio!) (Cogiéndola de una muñeca y mirando á la derecha.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; ESPINOSA, por la derecha.

ESP. ¿Qué es esto? (Alarmado al ver la excitación de Isabel.)

ISABEL. (En una transición muy rápida y pasando del sollozo á la sonrisa, dice con acento balbuciente.) ¡Ah, tú! ¡Nada!... ¡Nada!... ¿No lo ves?... ¡Nada!... ¡Nada!... (¡Dios mío!) (Contreras se dirige á Espinosa para impedir que vea á Isabel, que falta de fuerzas, cae en una silla junto al foro. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala: al foro ancha ventana sobre el campo. Luz viva de una mañana de otoño. Puertas á derecha é izquierda de la ventana. A la izquierda puerta y chimenea; á la derecha puerta, y en primer término, una mampara de tirador. Velador con timbre, etc.

ESCENA PRIMERA

SARA, en traje de casa sentada al piano, preludiando perezosamente y con ademán pensativo, compases del *Ultimo pensamiento*, de Weber. Después de un momento de pausa, se vuelve hacia el público sin moverse del asiento.

Parece que estas notas tristes y resignadas las han escrito para mí en este momento... Por primera vez en mi vida no he dormido bien, y por primera vez también estoy triste. A ver... (Preludiando lento y declamando al mismo tiempo.) nada... (Con mohín infantil.) que está el piano como yo, y que se queja cuando le toco... (Hablando con el piano.) Bueno, pues no te tocaré más... (Levantándose y mirando por la ventana.) ¡Qué día tan hermoso, qué sol más alegre... todo más alegre

que yo! (Pensativa, en primer término.) ¡Se quedó la señora pálida como una muerta... y Andrés también... y toda la noche la he tenido aquí, (Por la memoria.) aquí, sin poder olvidarme de ella!... (Suspirando y encogiéndose de hombros.) ¡Qué tontería!...

ESCENA II

DICHA; DANIEL, en traje de calle y con sombrero puesto.

DANIEL. ¿Ya has estudiado, hija mía? No te he sentido.

SARA. (Abrazándole.) Sí y no, papá.

DANIEL. ¿Sí ó no?

SARA. Pues... no. No quiere el piano.

DANIEL. ¡Tontuela! no querrás tú: no levantes falsos testimonios al piano. Se desafinaría.

SARA. Te digo que es el piano. Verás... es una cosa muy rara. (Preludiando como antes.) ¿Lo ves?

DANIEL. Muy bonito, ¿y qué?

SARA. (Levantándose, haciendo sentar á Daniel y sentándose á sus pies en un taburete.) ¿No te parece triste?

DANIEL. Toca otra cosa.

SARA. Pues eso es; que no puedo hoy.

DANIEL. ¿Cómo que no puedes?

SARA. Que no. (Daniel hace un movimiento como para levantarse.) ¡No; no te vayas todavía! Tengo que hablarte.

DANIEL. (Con seriedad cómica.) ¡Ah! ¿Tiene usted que hablarme, señorita?

SARA. (Lo mismo.) Sí señor, de cosas serias.

DANIEL. ¡Hombre!

SARA. ¡Muy serias!

DANIEL. Entonces, levántese usted y siéntese allí, como hacen las personas mayores cuando hablan en serio.

SARA. No quiero, me gusta así más; (Bajando la cabeza de Daniel.) de modo que yo te vea bien los ojos... para saber si mientes.

DANIEL. Como quieras; pero no te rías, porque si no, no voy á creerte.

SARA. Sí que me creerás.

DANIEL. Bueno... ¿Qué?

SARA. (Después de una pausa.) Oye... ¿por qué estoy triste?

DANIEL. ¡Tú! ¡Es la primera vez!

SARA. La primera... Oye otra cosa. ¿A que no sabes de quién me he acordado esta noche sin poder dormir?

DANIEL. Qué sé yo... ¿De mí?

SARA. ¡Ves cómo no lo sabes! De la señora de anoche.

DANIEL. (Preocupado y frunciendo el ceño.) De la...

SARA. (Sorprendiendo la preocupación de Daniel.) Sí... ¡Ay, qué casualidad! ¿Te has acordado tú también?

DANIEL. (Pretendiendo levantarse. Sara se lo impide.) ¡Yo! Vamos, ¿ves cómo no era serio lo que ibas á decir?

SARA. No, no te dejo irte todavía. Dime algo.

DANIEL. ¿Algo de qué?

SARA. De esa señora.

DANIEL. ¿Qué quieres saber?

SARA. Lo que tú sepas.

DANIEL. Es que... yo no sé nada.

SARA. (Con infántil enfado.) Me engañas.

DANIEL. No te engaño. (Daniel se levanta y Sara queda sentada. Daniel se dirige á la derecha y varía de resolución volviendo junto á Sara.) Vamos á ver. ¿No querías hablar en serio? Hablemos en serio.

SARA. ¿De eso?

DANIEL. (Con ligera expresión de contrariedad.) No, de otra cosa.

SARA. Dí.

DANIEL. (Con tono íntimo.) ¿Te gusta Madrid?

SARA. ¡Mucho!

DANIEL. ¿De modo... que no sientes deseos de dejarlo, aunque fuera por poco tiempo?

SARA. (Con alguna desconfianza.) Por poco tiempo... (Pausa brevísima.) No, ni por poco tiempo.

DANIEL. (Con mimo.) Corriente... pero, ¿no quedamos en que te llevaría este otoño á Italia?

SARA. (Mirándole profundamente.) Sí que quedamos... pero fué antes de conocer á Madrid.

DANIEL. Es verdad, pero de todos modos, para una niña como tú, siempre es goloso un viaje á Italia, y para mí también... ¿quieres que nos vayamos? Mañana, hoy, cuando tú quieras. (Sara se levanta sin contestar, vuelve al piano y preludia ligeramente. Daniel la sigue haciendo un gesto de contrariedad, se coloca detrás de ella y se inclina para decirla.) ¿Nos vamos?

SARA. (Dejando de tocar y bajando la cabeza.) Lo que tú quieras.

DANIEL. (¡Ya es tarde!) (Con ternura, viendo la actitud de Sara.) No te enfades... lo que tú quieras.

SARA. (Volviéndose y cogiéndose á su cuello.) ¡Oh, papá, sí! ¡Qué bueno eres! Más adelante... y con él, ¿verdad?

DANIEL (¡Con él!) Eso no depende mí. (Yendo á la derecha.) ¿Tanto le quieres? (Sara baja la cabeza.) ¿Más que á mí?

SARA. (Con viveza.) ¡Eso, no!

DANIEL. Bueno, tanto. Me conformo con eso; ya ves que no soy exigente. Pero no te querrá él más que yo.

SARA. (Con acento que quiere ser sincero.) Como tú... nadie.

DANIEL. (Es verdad.) ¡Adiós! Estamos aquí hablando y yo olvido mis quehaceres.

SARA. ¿Adónde vas?

DANIEL. A... á casa de mi banquero.

SARA. A...

DANIEL. Sí, á su casa. Si quieres esperarme, te llevaré á paseo; si quieres salir antes, te dejaré el coche y sales con miss Aurora.

SARA. No salgo; te esperaré.

DANIEL. Hasta luégo. (Vase por la derecha y se detiene.) ¿Cómo se me dice cuando me voy?

SARA. (Corriendo á él y abrazándole.) ¡Vuelve en seguida, en seguida, en seguida!

DANIEL. (Besándola gozoso.) ¡Eso es! Vamos, ¿no estás enfadada conmigo?

SARA. ¡Nunca!

DANIEL. ¡Adiós!

SARA. ¡Adiós!... (Vase Daniel por la derecha.

ESCENA III

SARA

¡A Italia!... ¡Irnos de aquí, dejar esto, vivir muy lejos!... (Enjugándose los ojos.) ¿Por qué me lo ha dicho sabiendo que había de disgustarme? (Pausa.) ¡Y no se le ha ocurrido hasta hoy!... (Dirigiéndose á la izquierda y cambiando de pensamiento.) ¡Ah! miss Aurora sabrá!... ¡No! miss Aurora no sabe hablar de esto...

ESCENA IV

DICHA y un CRIADO, con una tarjeta

CRIADO. Señorita Sara. . (Mostrándole la tarjeta.)

SARA. ¿Qué? (Fijándose en la tarjeta.) ¿No ha visto usted salir á mi padre?

CRIADO. Sí, señorita, y así se lo he dicho á este caballero, añadiendo que la señorita no recibía; pero ha insistido para que pasase á usted la tarjeta.

SARA. ¿A mí? A ver... (Tomando la tarjeta.) *Felipe Contreras.* (Una línea con lápiz.) (Leyendo.) Urgente y reservado... (Haciendo memoria.) ¡Ah, sí! Que pase.

CRIADO. ¿Aviso á miss Aurora?

SARA. (Después de reflexionar) No. (Vase el Criado y Sara rompe en menudos trozos la tarjeta.)

ESCENA V

SARA y CONTRERAS

CONT. Señorita...

SARA. (No me engañé; es él mismo.) (Ambos se acercan con movimiento de mútua simpatía.)

CONT. Un viejo como yo podría besar á usted como se besa

á una hija, pero debo limitarme á estrechar su mano.

SARA. (*Con arranque de gratitud.*) ¡Oh, con toda mi alma!

CONT. No me engañó el instinto que me hizo á usted simpática anoche. Esta simpatía facilitará mucho mi encargo.

SARA. ¿Encargo?

CONT. Sí. Casi me he alegrado de no encontrar á su padre de usted, aunque á él buscaba; pero me alegro más aún de hablar á solas con usted. Si esto puede parecer poco correcto, me retiro desde luégo.

SARA. No señor; en esta vida de viajes, fondas y casas prestadas, me he acostumbrado á todo, y para mí es fácil lo que para otra sería imposible. Debía estar presente mi aya, miss Aurora... pero...

CONT. Pero ha adivinado usted que mi visita no procede de mi sola iniciativa, sino también de la de alguien que interesa á usted más que yo.

SARA. (*Bajando los ojos.*) Sí señor.

CONT. No se ha equivocado usted, ni yo tampoco, porque veo que nos entenderemos perfectamente. ¿Puede usted dedicarme diez minutos? (*Cogiendo una silla.*)

SARA. ¡Ah, señor! Usted perdone mi aturdimiento; siéntese usted. (*Ambos se sientan.*)

CONT. Veo, señorita, la inquieta curiosidad que este paso mío la inspira. ¿Qué será lo que pueda decir un viejo como yo á una niña como usted?

SARA. Escucho á usted con verdadero placer.

CONT. Tanto mejor, porque así seremos antes buenos amigos. (*Pausa, y tomándola la mano.*) Vamos á ver... una mirada indiscreta al fondo de este corazón... ¿Es usted felíz?

SARA. Sí.

CONT. ¿Del todo?

SARA. Sí, pero....

CONT. El eterno é inevitable pero de las alegrías humanas. ¿Ha sospechado usted que he venido á hablarla de Andrés?

SARA. (*Con temor.*) ¿Qué?...

CONT. No se alarme usted. Sigue bueno, como ayer, pero... ya ve usted cómo también él tiene algo que oponer...

SARA. (*Acobardada.*) ¡Oh, señor, diga usted, por Dios!

CONT. (*Torpemente.*) Voy, voy... (¡Diablo de niña!) Si usted supiera que yo, con mis canas y mi experiencia, no sé... (*Viendo que Sara bebe sus palabras anhelante.*) Pero no, hija mía; nada grave, nada que la haga desplomarse de ese modo .. un escrúpulo.

SARA. ¡Cómo!

CONT. Sí, un escrúpulo... muy respetable... eso sí, muy respetable... cosa corriente en la vida (*Vacilante.*) ¡Vamos! ¿No hemos quedado en hablar como buenos amigos, con serenidad y calma?

SARA. ¡Calma! ¡Sí señor, la tendré, procuraré tenerla!...

CONT. La vida es así; diez años de monotonía hacen olvidar las sorpresas, pero la sorpresa viene, y cuando viene nos coge desprevenidos.

SARA. ¡Una sorpresa!

CONT. Me ha prometido usted tener calma.

SARA. (*Acercándose más, y con tono que desmiente las palabras.*) Lo que usted quiera, señor... (*Enjugándose rápidamente los ojos.*)

CONT. Bien... (*Fijándose en el rostro alterado y lloroso de Sara.*) ¡Cómo! ¡No es eso, no está bien eso, señorita, porque si sigue usted mirándome como ahora, con los ojos húmedos... ya no estaré yo sereno, (*Conmovido.*) y eso no vale, no!.,. (¿á que no me atrevo á decírselo?) (*Sara hace un esfuerzo para serenarse.*) ¿Estamos? ¡Así me gusta! ¡Bien! Ahora vamos á lo que importa... ¿Cómo puede haber variado Andrés sin dejar de ser quien es para usted, y sin dejar de quererla con toda su alma noble y todo su corazón generoso?

SARA. ¡Cómo!...

CONT. Es largo y enojoso para explicado, pero el hecho .. el hecho es más decisivo que las explicaciones más claras, y el hecho es que en aquella casa que usted vió

anoche felíz y holgada, ha entrado hoy la mala ventura, la sorpresa... (Pausa breve.) Andrés es pobre...

SARA. ¡Pobre!

CONT. Si lo es el que no tiene más capital que su trabajo... (Pausa.) Y un hombre pobre no es el marido que usted debe escoger... Esto es enormemente difícil, pero hay que hacerlo, hay que renunciar á ese sueño... como ha renunciado ya él... (Sara se levanta llorosa, yendo á sentarse á la izquierda. Contreras la sigue.) él, para quien usted lo era todo, señorita, todo; ¡sí, se lo juro!

SARA. Pero... ¡no sé cómo preguntar á usted esto!... ¿Ha dicho Andrés?...

CONT. Sí; él me ha rogado que dé este primer paso, para el cual tal vez no se sintiese con valor .. lo cual no impedirá que vuelva como todos los días... pero por última vez.

SARA. ¡Por última vez!

CONT. Como debe ser.

SARA. ¡Y usted se lo ha aconsejado sin duda!

CONT. Yo no, su dignidad. . las conveniencias... (Cogiéndola con cariño las manos.) un puñado de buenas razones que no convencerían á una imaginación de dieciséis años. (Sara queda ensimismada. Contreras la contempla en silencio un momento. Hace luégo un gesto de compasión y se dirige al fondo para tomar su sombrero, volviendo junto á la joven.) ¿Ha comprendido usted al fin que no podía ni debía hacer otra cosa? (Pausa.) ¿No? Lo esperaba; entre el amor y el deber, es más egoísta el primero. ¿Qué va usted á hacer?

SARA. Hablarle.

CONT. Será inútil.

SARA. Esperaré.

CONT. No se puede esperar en un porvenir inseguro.

SARA. (Con desaliento.) (¡Oh, Dios mío!)

CONT. (Que ha ido un poco al fondo, volviendo sobre sus pasos, cogiendo de nuevo una silla y sentándose junto á Sara.) ¿No somos ya amigos?

SARA. (Volviéndose y cogiendo las manos á Controras con gran efusión.) ¡Oh, señor! ¡Siempre!... (Enjugándose rápidamente los ojos.)

CONT. El día de hoy puede ser para usted de esos cuyo recuerdo dura toda la vida; no dejemos las cosas á medias y aprovechemos el tiempo.

SARA. ¿Qué? (Con curiosidad temerosa.)

CONT. Sólo he cumplido la mitad de mi encargo; la otra mitad es más agradable perc más espinosa.

SARA. ¿Mas todavía?...

CONT. Para mí... y para otra persona.

SARA. ¡Otra persona!

CONT. Que en vez de alejarse como Andrés, quiere acercarse á usted y no se atreve.

SARA. (Pensando un momento.) No sé...

CONT. Pase usted por lo extraño de su condncta y lo incorrecto de su visita; tal vez sea así por interés hacia usted y Andrés, y por temor de que su padre de usted desapruebe este paso, firmamente resuelto desde anoche en el ánimo de la señora de Espinosa.

SARA. ¡Cómo! ¡Era ella! (Levantándose.)

CONT. (Idem.) No nos precipitemos y dígame usted antes. Se trata de una pobre mujer enferma... y desgraciada... más infelíz ahora que antes, y á la que toca muy cerca lo que interesa á Andrés, que es casi su hijo, y á usted... que hubiera podido ser su hija.

SARA. ¡Ah, sí, que venga!

CONT. Espera abajo, en mi coche, temiendo haber dejado mala impresión anoche en usted.

SARA. Pues no perdamos tiempo. (Dirigiéndose al timbre.)

CONT. (Deteniéndola) No es eso. Yo la acompañaré hasta aquí. ¿Hay medio de que no se enteren los criados?

SARA. (Pensando.) ¡Sí! (Dirigiéndose á la mampara.) Este pasillo llega hasta una puerta que está á espaldas del hotel, pero está cerrada.

CONT. Entonces... no es posible. Alguien tiene que saberlo.

SARA. Uno solo que puede esperar allí. Pero...

CONT. ¿Extraña usted estas precauciones?... ¿Tiene usted la seguridad de que su padre vería sin disgusto la intervención de quien puede ser un lazo de inteligencia entre usted y Andrés?

SARA. (Con convicción y tomando el timbre.) ¡Tiene usted razón! (Al Criado.) Miguel, póngase usted á las órdenes del señor.

CONT. (Cogiéndola la mano y dándola un beso en la frente.) Gracias en su nombre, hija mía... (Al Criado.) Vamos. (Sale con el Criado.)

ESCENA VI

SARA, sentándose pensativa á la izquierda, de espaldas á la mampara.

¡Qué es esto, Dios mío! ¿qué te he hecho yo? (Pausa.) ¡Ya sé, ya sé ahora por qué mi padre quiere llevarme de aquí, alejarme de él, como si yo pudiera alejarle de mí!... (Pausa.) ¡Oh, no, no podría!... ¡no puedo... no puedo!... (Reclina la cabeza entre sus manos y queda así.)

ESCENA VII

DICHA; ISABEL y CONTRERAS, abriendo suavemente la mampara y cambiando rápidamente en el dintel las siguientes frases.

CONT. (¡Prudencia por Dios, Isabel!)

ISABEL. (No tema usted, tendré valor.)

CONT. (Aquí estaré... ¡Quiéralo Dios!)

ISABEL. (Queda inmóvil de espaldas á la mampara, contemplando ávida y dolorosamente á Sara, que permanece inmóvil.) (¡Pobre hija mía!) (Muy lento y moviendo tristemente la cabeza.) ¡Pobre de mí que vengo á verte, escondiéndome como si cometiera un delito! (Dominándose y acercándose á Sara, á la que llama con temor.) ¡Sara!

SARA. (En un transporte de alegría comunicativa.) ¡Usted! ¡Qué alegría!

ISABEL. ¿Qué es esto? ¿Lloraba usted? (Enjugándola maternalmente los ojos.)

SARA. Sí señora... ¿por qué he de negarlo? He llorado mucho... sola.

ISABEL. ¿Sola?

SARA. Sí, como siempre; mi padre se fué, miss Aurora no me comprendería... ¿qué he de hacer sino sentir yo sola mis penas, que así me parecen mayores?

ISABEL. Es verdad, debe ser muy triste para usted esta vida; hoy aquí, mañana en otro sitio, dejando un poco de corazón en cada parte.

SARA. Eso, señora...

ISABEL. (Cogiéndola las manos.) ¡Oh, no, señora, no... No me llame usted así... (Con vehemencia.) Dígame usted... (Conteniéndose y con abatimiento.) Isabel.

SARA. (Con gran afecto.) Sí, Isabel, como usted quiera... ¿Y cómo no, si en estos momentos de angustia para mí ha venido usted á sostenerme, no obligándola nada ni nadie? Yo lo deseaba, lo he deseado toda la mañana, pero no me atrevía... no sabía cómo... Soy muy impresionable, y anoche, ¡oh! anoche la dejé á usted con una pena tan grande aquí en el corazón, de verla á usted como la vi, como no he visto nunca á nadie, que cuando me quedé sola... no sé cómo decirlo... pero como si hubiera tenido el corazón lleno de lágrimas y me lo hubieran apretado así, (Cerrando el puño como estrujando un corazón imaginario.) me saltaron á los ojos con tanta fuerza que salieron sin poderlo evitar. Y ya no pude dormir porque en cuanto cerraba los ojos, en la oscuridad de ellos, ¡qué cosa más rara! ¿verdad? por dentro la veía á usted pálida, pálida como anoche... y como ahora mismo. ¿No está usted mejor?

ISABEL. Sí... aquello fué un desarreglo nervioso... Pero, ¿por qué había yo de ocupar su memoria, si apenas había usted tenido tiempo de verme?

SARA. ¿Que por qué?... (Pausa, encogiéndose de hombros.) No sé:

porque me había dicho Andrés: quiérela mucho porque es muy buena para mí, y aunque eso lo dicen todos los hijos...

ISABEL. Él no lo es, Sara.

SARA. Ya lo sé, pero la quiere á usted mucho, como si lo fuera. (Isabel hace signos negativos) ¿No?

ISABEL. Sí... pero.. es otra cosa.

SARA. Pues así quiero yo á mi padre y así hubiese querido á mi madre. (Suspirando)

ISABEL. (Con reprimido arranque.). ¡A tu madre!...

SARA. ¡Oh, sí, estoy segura!... ¡Deben ser tan felices las hijas que la tienen!... ¿Verdad?

ISABEL. Mucho.

SARA. ¿Lo sabe usted? ¿No ha tenido usted hijos?

ISABEL. (Pausa. Acento apagado y penoso.) No... ¡Nunca! (¡Dios mío, qué suplicio!)

SARA. Entonces... (Callando como si temiese que Isabel no la comprenda.)

ISABEL. ¡Oh, no! Hable usted... Me decía usted que había llorado mucho hoy, ¿por qué?

SARA. (Encogiéndose de hombros.) No lo sabía... Muchas veces me sucede esto... Estaba triste, me veía sola, y cuando mi padre me ve así, no le ocurre otra cosa que reirse de mí y viajar... ir de aquí para allá como dos enfermos en busca de una medicina .. que no hallamos en ninguna parte. Y me deja por sus negocios..¡ no, no crea usted que yo digo que es malo, no; es muy bueno, mucho... pero... pero... ¿haría lo mismo mi madre?

ISABEL. (Acariciándola el rostro como á un niño.) ¡Pobrecilla mía! Tiene usted razón; su madre estaría aquí... como estamos las dos, (Acercando los labios á su rostro.) muy juntas, besándola mucho, como yo... (Retirándose.) como yo lo haría... si me atreviese.

SARA. (Poniendo la mejilla.) ¡Oh, sí! (Isabel la besa ansiosamente, suspira profundamente luégo y la arregla maternalmente el cabello hundiendo con deléite la mano en la mata de pelo de Sara.)

ISABEL. (¡Qué hermoso cabello!) (Pausa.) Y... ¿y hace mucho que perdió usted á su madre?

SARA. Mucho; cuando yo tenía un año.

ISABEL. (¡Un año!) ¿Y le habla á usted de ella su padre?

SARA. Muchas veces.

ISABEL. ¿Qué dice?

SARA. ¿Qué ha de decir? Lo que se debe decir de todas las madres: que era muy buena y que me quería mucho... más que él. (Con infantil enojo.)

ISABEL. ¡Más que él! ¿Dice eso?

SARA. No, lo digo yo.

ISABEL. ¿Usted sabe?...

SARA. Lo adivino. Mi madre no querría separarme de Madrid... y él si quiere.

ISABEL. ¡Llevársela á usted!

SARA. A Italia. Así me lo ha dicho.

ISABEL. (Quiere llevársela.) ¿Pero por qué?

SARA. ¿Que por qué?... (Con abatimiento.) No lo sospeché al pronto; creí que fuese uno de tantos caprichos como tiene, uno de tantos deseos de moverse, de cambiar, como si no estuviese bien aquí conmigo... pero no; luégo el señor de Contreras me dió la explicación de todo.

ISABEL. ¿Le ha dicho á usted?. .

SARA. Me ha dicho... pero, ¿qué es eso? ¡Oh, señora, usted no pensará como ellos, no creerá que yo debo sacrificarme por un puñado de dinero! ¡Qué sé yo lo que es el dinero, si nunca lo he tenido! Yo no pido nada, no quiero nada, sino que dejen un poco de felicidad y de alegría para mí; para mí, señora, que nada he hecho á nadie... nada, se lo juro á usted... nada. Eso sería muy cruel... (Reclinándose en Isabel.)

ISABEL. (Con desaliento.) Muy cruel, pero... nada podemos contra eso.

SARA. (Mirándola.) ¿Nada?

ISABEL. Nada... (Bajando la cabeza.)

SARA. (Despnés de una pausa y como resignándoee con la falta del

último apoyo.) Bueno... (Levantándose y alejándose.) Me resignaré... me callaré... ¡y quién sabe si esto durará poco!...

ISABEL. (Siguiéndola aterrada.) ¡Cómo! ¿Qué ha dicho usted?

SARA. (Echándose en brazos de Isabel y en una explosión de dolor.) ¡Oh, señora... si me muriese se acabaría todo!

ISABEL. (Con desvarío y terror.) ¡Calla! ¡Morirte!... ¡morirse usted! (Abrazándola.) ¡No, por Dios, Sara!... hija mía!... Dígame usted... (¡Oh, Dios mío!) (Cayendo sentada y sin fuerzas.)

SARA. (Acudiendo á ella.) ¡Señora! ¡Isabel! ¡Qué dice usted!

ISABEL. (Reponiéndose.) Nada. (Sonriendo forzosamente en brusca transición.) Si su dolor de usted me ha conmovido como... como dolor propio. (Suplicante.) ¡Pero no hable usted de morirse, por Dios, no hable usted de eso! (Sara se aleja un poco hacia el fondo; Isabel hablándola desde su sitio, siempre en tono de súplica.) ¡Es tan hermosa la vida á los quince años!... y aun en el mismo cielo había de sentir su madre de usted tanto dolor... tanta pena de verla morir!... (Queda mirándola ansiosa.)

SARA. Sí... tiene usted razón; ella sí me comprendería, ella sola... usted y los demás, no (Dirigiéndose más al fondo con lentitud.)

ISABEL. (Hundiéndose con espanto y dolor la cabeza entre las manos al oirla.) (¡Oh!) (Pausa.)

SARA. (Como disponiéndose á salir por la izquierda.) ¡Adiós, señora! Creí que venía usted por mí... y por él, que tanto le quiere y respeta... no que se pusiera usted contra mí de parte de los demás. ¡Adiós, señora!... (Da un paso yendo á la izquierda.)

ISABEL. (Levantándose y yendo hacia Sara.) ¡Sara! (Sara se detiene y se sienta cerca de la izquierda; Isabel se arrodilla á sus piés y sigue cogiéndola las manos y en tono suplicante.) ¡Hija mía!... déjeme usted que la llame así, porque así... ¡bien lo sabemos Dios y yo! así quisiera llamarla siempre... siempre... siempre... ¡Yo en contra de usted! (Un movimiento de Sara.) ¡No, lo juro, hija mía!

¿Qué quiere usted que haga? ¡Todo, todo lo haré!... ¡suplicaré á Andrés, á mi marido, hasta á su padre de usted, (Sara va poco á poco volviéndose hacia Isabel.) sí, incluso á él aunque se niegue á oirme!... ¡Lo haré todo, hasta lo imposible, con tal de que no me vuelva usted la espalda y me mire con ojos de amor y de cariño, porque yo también estoy sola, y triste y desesperada. (Deja caer la cabeza en las rodillas de Sara.)

SARA. (Levantándola la cabeza y besándosela.) ¡Oh, gracias, gracias! (Mirando á la puerta por donde debe aparecer Daniel.) ¡Silencio!... ¡Mi padre! (Aparece Daniel en el foro derecha.)

ESCENA VIII

DICHOS y DANIEL. Al aparecer éste, Isabel se separa rápidamente y con temor de Sara, colocándose á la derecha.

ISABEL. (¡Él!)

DANIEL. ¿Qué es esto?

SARA. (Dirigiéndose á él.) ¡Papá!...

DANIEL. ¡Silencio, niña! (Cogiéndola y llevándola á la izquierda.)

SARA. Pero... (Resistiéndose.)

DANIEL. ¡Silencio digo! Vete con miss Aurora. (Viendo que Sara intenta acercarse á Isabel y en tono brusco,) ¡Vamos! (La hace entrar y cierra.)

ESCENA IX

ISABEL y DANIEL

DANIEL. (Mirándola severamente, cruzado de brazos y sin moverse.) ¿Qué has venido á hacer aquí?

ISABEL. (Que ha estado cerca de la mampara como para salir por ella, se rehace al oir á Daniel, y contesta con altiva dignidad.) ¿Quién es usted para permitirse la audacia de tutearme?

DANIEL. (Acercándose con ímpetu, que contiene cerca de ella.) ¿Que

quién?... ¡Bah! El único hombre que te conoce. (*Reportándose é inclinándose y con tono friamente irónico.*) Es verdad, señora, ¡perdón, por haber olvidado mi papel en esta comedia!... ¿Puedo saber á qué debo el honor de una visita hecha á espalda mía por la señora de Espinosa?

ISABEL. Nadie tiene derecho para insultarme... y usted menos que nadie. No es la señora de Espinosa la que ha venido aquí. Se respeta lo bastante para eso.

DANIEL. (*Con marcada intención.*) ¿Ahora?

ISABEL. ¡Caballero!

DANIEL. ¡Perdón, señora; no soy yo quien lo dice, es usted misma! ¿Quiere usted que llamemos al primer hombre honrado que pase por la calle y le preguntemos su opinión?

ISABEL. No, me basta con la opinión de cualquiera mujer que tenga un hijo. Repito, que la señora de Espinosa no ha venido aquí.

DANIEL. Entonces...

ISABEL. Basta de rodeos, inútiles entre nosotros; he venido á ver esa criatura.

DANIEL. ¿A mi hija?

ISABEL. Sí, á mi hija.

DANIEL. (*Acercándose con vehemencia y en tono de desconfianza.*) ¡A su hija!... Pero... ¿la ha dicho usted?...

ISABEL. (*Con compasivo desprecio.*) ¡Egoísta! Nada la he dicho.

DANIEL. (*Tranquilizándose.*) ¡Ah!

ISABEL. He tenido que echar mano de todo mi valor, y sujetar hasta hacerme daño, el corazón, que me salía á los labios... ¡pero he callado! ¿Qué más puede usted exigir de mí?

DANIEL. Todo lo que puedo exigir. Deseo—entiéndalo usted bien,—deseo que esto no se repita.

ISABEL. (*Friamente.*) ¡Imposible!

DANIEL. ¡Cómo!

ISABEL. Digo que imposible. Todas las mujeres en mi caso, harían lo mismo.

DANIEL. No; harían lo que aconseja la prudencia y callarían.

ISABEL. No serian madres

DANIEL. No lo sé, pero serían precavidas.

ISABEL. Eso es poco: vale más lo otro.

DANIEL. Bien, concluyamos. Estoy en mi casa y defiendo lo mío.

ISABEL. Lo nuestro.

DANIEL. (Vivamente.) ¡Lo mío! Así es la verdad legal. La madre desconocida de Sara... ha muerto.

ISABEL. Yo, que vivo, pruebo lo contrario.

DANIEL. Para mí, sí; pero para mí sólo.

ISABEL. Me basta con eso. Quiero verla, quiero saber que no encontraré cerrada esa puerta para acercarme á ella. Es bien poco para ser mía.

DANIEL. (Después de reflexionar un poco, y como tomando una resolución extrema.) Está usted jugando á ciegas con un arma de dos filos. ¡Sea! (Abriendo de par en par la puerta de la izquierda.) Llámela usted.

ISABEL. (Con terror.) ¡No, por Dios!

DANIEL. ¡Ya lo sabía yo! (Pausa larga. Isabel se dirige á la mampara como para salir, y retrocede, dirigiéndose á Daniel con acento de súplica.)

ISABEL. Daniel... me declaro vencida. Por el amor de ella y por compasión hacia mí... (Acercándose cada vez más á Daniel, que la vuelve la espalda cruzado de brazos.) Sea como usted quiera; cuando usted lo determine, escondiéndome de todos y hasta de ella misma; pero déjeme usted que la vea todos los dias; (Movimiento en Daniel.) no... es mucho sí . pero alguna vez, el tiempo necesario para darla un beso, (Cogiéndole una mano de la que Daniel procura desasirse.) nada más que uno... ¡no me diga usted que no, porque eso sería matarme! (Cayendo de rodillas sin soltarle la mano ¡No hay quien niegue esto á una madre que pide con lágrimas en los ojos y arrepentimiento en el corazón!¦

DANIEL. (Levantándola.) ¡Prudencia, señora! Puede venir, y...

ISABEL. (Enjugándose las lágrimas.) Tiene usted razón. Sí, que

nada sepa, callaré con tal de no perderla, aceptaré sus condiciones, haré cuanto se me exija; pero dejar de verla! Eso no, Daniel, no puedo, no puedo...

DANIEL. Señora... Vayamos á la realidad de las cosas. Eso es imposible.

ISABEL, ¡Imposible! (Con estupor.)

DANIEL. Sí.

ISABEL. ¿Ha dicho usted imposible? (Pausa. Daniel va al fondo y vuelve como para expresar una resolución firmemente tomada.)

DANIEL. He dicho imposible y lo repito. Estamos en situación de decir la verdad, toda la verdad; Sara es mía. (Movimiento en Isabel. Daniel añade pausada y resueltamente.) He dicho que mia, y lo repito; no quiero partirla con nadie. Durante estos dos meses he creido que no urgía apartar de aquí á Andrés; que esto sería una de tantas impresiones de niña, fáciles de borrar... y tengo miedo de haberme equivocado Me espanta considerar que puede aflojarse nada más, este lazo dulcísimo que me ata á ella, y no quiero que suceda; dirá usted que esto es un egoísmo feróz... (Encogiéndose de hombros.) Bueno; ¡qué me importa! Lo será, lo es, pero le tengo, no puedo arrancarle de mí; me quito la careta delante de usted. No tengo más cariño que esa niña; ella es mi compañía, mi mundo, mi vida toda; lo demás es pequeño, secundario, inapreciable. Yo la quiero para mi solo y me la llevo.

ISABEL. Dice usted que se la lleva, que me la roba; (Movimiento en Daniel.) sí, que me la roba.

DANIEL. (Dirigiéndose á Isabel en ademán amenazador.) ¡Isabel!

ISABEL. (Acercándose á la mampara y poniendo la mano en el tirador.) ¡Acabemos!

DANIEL. Hemos acabado.

ISABEL. No. Quiere usted á Sara para usted solo como medio de vivir feliz, yo soy mejor que usted; yo la quiero por ella misma y para ella misma, no por mí.

DANIEL. ¡Cómo!

ISABEL. Lo que usted no ha visto en dos meses, he visto yo

en un momento. Ese sentimiento por Andrés no es una impresión pasajera, es mucho más; es hoy ya la vida para ella. (Movimiento en Daniel.) Ella me lo ha dicho y yo lo he visto antes que me lo dijera. Y en este estado viene usted, y para no tocar á su egoísmo, se la lleva, tal vez diciéndose por dentro:—¿Quieres á ese hombre? No importa; yo no puedo pasar sin tí, pero pasa tú sin él; llora tú para que no llore yo; sacrifícate tú, porque yo no puedo; y muérete porque yo no debo morir!—Y esto lo piensa usted, su padre... ¡Mentira! (Movimiento en Daniel.) Sí, mentira, Daniel, pero yo no soy egoísta; yo vengo á defenderla contra usted mismo, y digo que basta ya de llevarla de aquí para allá como una flor delicada que se trasplanta cada mes; que debe estar aquí, en la tierra á que ella misma se ha sujetado con raíces que nadie puede ya romper; yo no la quiero para mí; pero quiero que viva y me sacrifico, sí, me sacrifico. ¿Es necesario para conseguirlo que lo sepa? Llámela usted y dígaselo; lo perderé todo, consideraciones, dignidad, posición, nombre... ¡qué me importa eso! Ella, ella antes que nada; los demás me señalarán con el dedo, dirán que soy una mujer indigna; pero salvada á costa mía, ella dirá:—Tú eres mi madre, tú sola. Esto es quererla. Aprenda usted de mí.

DANIEL. Basta; sigamos cada cual su camino.

ISABEL. No hay más que este. La ley, las circunstancias y usted podrán negarme el derecho de llamarla mía; no me importa. Yo sé que tengo el derecho de evitar que muera... y lo evitaré. (Tocando el timbre con ademán enérgico y resuelto.)

DANIEL. (Irritado.) ¿Qué va usted á hacer?

ISABEL. Preguntárselo á ella. (Daniel va á protestar y se contiene al ver al Criado á quien dice Isabel con decisión.) Diga usted á la señorita Sara que venga. (El Criado vacila un poco mirando á Daniel como consultándole.)

DANIEL. (Con abatimiento.) Vaya usted. (Al Criado, que atraviesa la escena y sale por la izquierda.)

ISABEL. ¿Tiene usted ya miedo? Soy más generosa y menos egoista que usted. Callaré. Pregúntele usted mismo... (Mirando á la izquierda) Ahí está.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SARA

SARA. (Creyendo hallar solo á Daniel y deteniéndose cortada al ver á Isabel.) ¡Ah! ¡Usted!...

DANIEL. (Cogiéndola con cariño entre sus brazos.) Hija mía... hace poco te propuse un viaje á Italia y digiste que no... ¿Sigues pensando lo mismo?

SARA. (Cortada por la seriedad de la situación que adivina y mirando á Isabel.) Sí...

DANIEL. (Con solemnidad que no debe resultar forzada ni pomposa, y algo de temor en la voz) ¿No quieres salir de Madrid?

SARA. No.

DANIEL. (Pausa.) Y... y si yo... me fuese solo... piensa bien lo que vas á decirme, hija mía... si yo me fuese solo... entre Andrés y yo, ¿á quién elegirías? (Daniel espera ansioso la respuesta; Isabel temerosa y sombría; Sara baja la cabeza y calla.) ¿No contestas? ¿No lo sabes?

ISABEL. (Acercándose á Sara.) Conteste usted, Sara, su padre quiere saberlo... y yo también.

SARA. (Lucha; primero se acerca balbuciendo á Daniel y ya con él se aleja hacia Isabel; por último, rompe á llorar, cayendo sobre una silla y diciendo con amargura.) ¡No puedo, Dios mío, no puedo! (Isabel permanece en su actitud. Daniel con muestras de dolor va hacia el fondo diciendo.)

DANIEL. ¡Ingrata! ¡Ingrata! (Cuadro. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala. Puerta ancha al foro que debe abrir sobre una galería, detrás de la cual se ven los árboles del jardín. A la derecha confidente y velador. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS y un CRIADO; después CARLOS

ANDRES. ¿Qué hay? Quiero estar solo; ya lo he dicho.

CRIADO. Señorito... es que es el señorito Carlos...

ANDRES. (Paseando de arriba abajo.) Carlos... ¡Ah! (Al Criado.) Bien, que pase. (Vase el Criado.) Un amigo curioso, habrá sabido la novedad y viene á enterarse. Al menos éste no es malo. (Sentándose como fatigado.)

CARLOS. (En la puerta.) ¿Permites? (Avanzando.) ¡Chico, te he buscado en las oficinas, y me ha parecido ver allí tal ir y venir!...

ANDRES. Prisas de almoneda.

CARLOS. ¿Qué?

ANDRES. Nada, sigue.

CARLOS. Bueno, pues voy luégo á las habitaciones y allí me

dicen que estás en las de tu madrastra... y he venido.

ANDRES. Eso indica que te corría prisa verme.

CARLOS. ¡Claro!

ANDRES. ¿Vienes á traerme una buena noticia?

CARLOS. (Apenado.) No... al contrario; venía á enterarme de si es verdad...

ANDRES. No sigas; es verdad.

CARLOS. Pero... ¿Cómo? Papá me ha dicho: vé y entérate. Luégo vendrá él.

ANDRES. Pues dile á papá, que... que no lo sé. ¿Tú sabes quién mueve una teja sólidamente cimentada años y años, y que un día sale de su encaje, cae á la calle y mata á un hombre? Pues eso; yo te agradezco mucho tu interés, pero, créeme, en estas cosas no cabe pensar en el cómo fué, sino en lo que ha de ser.

CARLOS. ¿Y ahora?

ANDRES. ¿Qué?

CARLOS. ¿Qué vas á hacer?

ANDRES. Hacer lo que no he hecho hasta hoy.

CARLOS. ¿Trabajar?

ANDRES. (Levantándose y paseando.) Trabajar; eso consuela y regenera. (Pausa.)

CARLOS. (Con sentimiento cómico.) ¡Qué día, chico, qué día!

ANDRÉS. ¿Qué ocurre?

CARLOS. Que parece que las desgracias no vienen solas, y que á todos nos alcanza un poco de ellas.

ANDRES. Qué, ¿también á tí te pasa algo?

CARLOS. También.

ANDRES. (Sentándose con interés á su lado.) No sabía nada, y perdona si mi propia preocupación no me ha dejado ver la tuya. Habla, Carlos.

CARLOS. ¡Calla, hombre! Por supuesto, que me está bien empleado y me alegro. Esto le sucede siempre al que se toma más interés que el debido en cosas, que después de todo, no le importan un bledo.

ANDRES. (Con creciente interés.) Pero, hombre, ¿qué te pasa?

CARLOS. Un disgusto en el *Lila-Club*, pero gordo.

ANDRES. Ya decía yo que tu visita á estas horas tenía alguna razón poderosa, y que me buscabas para algo. ¿Un disgusto personal?

CARLOS. Personalísimo, cosa mía exclusivamente.

ANDRES. Cuenta conmigo, pero ponme en antecedentes.

CARLOS. Oye... Ya te conté anoche, que en el seno de la directiva había dos tendencias.

ANDRES. ¿Dos tendencias?... ¡Ah! sí, creo recordar.

CARLOS. Y que al tratarse de forrar de nuevo la sillería, unos optaban por el granate y otros, entre los cuales, estaba yo, por el verde musgo.

ANDRES. Una cuestión baladi, como casi siempre en estos casos.

CARLOS. Bueno, pues el presidente votaba conmigo, por el verde musgo, y de ayer á hoy, sin causa que lo justifique, se ha revotado y se ha pasado á los otros.

ANDRES. Y, como es natural, tú te has precipitado, le has provocado y...

CARLOS. No... no es eso. He presentado mi dimisión nada más. ¿Te parece poco?

ANDRES. (Levantándose y mirando á Carlos con enojo, que procura contener.) Al revés, me parece demasiado.

CARLOS. (Siguiéndole.) Pero...

ANDRES. (Cogiéndole de las manos y con irónico afecto.) Querido Carlos, no puedo ni debo olvidar que nos hemos criado juntos. Oye, pues, un consejo. Tu actitud en ese asunto es la de un hombre digno y debes persistir en ella, siendo fiel al verde por aficiones y por convicción.

CARLOS. ¿De modo que crees?...

ANDRES. Creo que debes, no sólo presentar la dimisión, sino borrarte del Club ahora mismo, (Llevándole al foro.) sin perder viaje

CARLOS. ¿Pero no te parece muy extrema la resolución?

ANDRES. No; en esto no hay términos medios; ó someterse, ó retirarse al Aventino.

CARLOS. ¿A dónde?

ANDRES. Al Aventino, á tu casa, pero ahora mismo, en caliente.

CARLOS. Pues voy á hacerlo. (Vase y vuelve.) Oye... ¿quieres que te borre también á tí del Club?

ANDRES. También; te acompañaré en tu retraimiento. ¡Anda, Carlos, anda!

CARLOS. Bueno, hasta luégo. (Vase.)

ANDRES. ¡Adiós! (Queda en el foro viéndole alejarse.) ¡Dichoso tú, que eres tonto, porque de los tontos es el reino de esta vida!

ESCENA II

ANDRÉS; ISABEL, por la izquierda.

ISABEL ¡Andrés!

ANDRES. (Yéndose á ella y abrazándola con gran cariño.) ¡Ya! ¡Cuánto te me haces desear!...

ISABEL. ¿Con quién hablabas?

ANDRES. Con Carlitos que ha venido á enterarse, como irán viniendo todos poco á poco; pero éste además traía en bagaje una majadería... Vamos á ver, ¿qué tienes? ¡Estás pálida!...

ISABEL. No he podido dormir; la vóluntad hacía esfuerzos para cerrarme los ojos, y la preocupación para abrírmelos; en esta lucha he pasado toda la noche. No lo extrañes, Andrés.

ANDRES. No lo extraño, pero lo siento; ¿qué te preocupaba? ¿lo porvenir? No le temas; pide para mi vigor y salud, armas para la lucha del trabajo, y deja correr el tiempo. Figúrate que íbamos por un camino ancho y llano, que hemos llegado á una cortadura imposible de salvar, que echamos por un camino de vereda que hay á un lado y que sigue y que llega. Vamos por él: el caso es llegar, y en llegando arriba, lo de menos serán las fatigas pasadas.

ISABEL. ¡Qué bueno eres!

ANDRES. No hago más que imitarte; tú te resignas y eres débil,

¿qué menos he de hacer yo que soy fuerte? (Viendo que Isabel permanece pensativa.) ¡Qué! ¿Me habré equivocado y te asustará la vida nueva?

ISABEL. No, no me asusta, Andrés; empecé á vivir pobre, y vuelvo á lo que fuí sin pena ni dolor por lo perdido, pero... tú...

ANDRES. Yo...

ISABEL. Tú no dices toda la verdad y escondes con una mentira un trozo de tu corazón que llora. Te da vergüenza que yo te vea llorar... pero lo he visto.

ANDRES. Pero...

ISABEL. ¿Por qué has de ser ahora menos franco que siempre? Hablas sin pesar de la pérdida de la fortuna, que era de todos, y no hablas de la pérdida de Sara que era sólo tuya. (Movimiento en Andrés.) Sí, sí, Andrés; ya comprenderás que esto no se oculta al instinto de una mujer. Tú estás triste por dentro; hay en tí un tremendo pesar que no sale á la cara y que yo adivino. Pero si este sentimiento es tuyo, ¿por qué no ha de ser un poco mío, aunque tú no quieras?

ANDRES. (Besándola la mano.) Tienes razón. Llámame ingrato, lo he sido, pero me arrepiento; debí hablarte de ello como se habla de un sér querido y ya muerto, sin la esperanza de resucitarle, pero con el deseo de vivir con su espíritu. He tenido miedo de mí mismo y por eso he callado.

ISABEL. ¿Miedo de qué?

ANDRES. Miedo de ceder. Vaya, no hablemos más de eso. La fortuna puede volver, eso no.

ISABEL (Después de breve pausa, y levantándose para sentarse á la izquierda.) Al contrario, hablemos de eso. Casi no te he buscado para otra cosa.

ANDRES. (Desde la puerta del foro.) No me sujetas como otra vez; me escapo.

ISABEL. Espera; una sola palabra. (Andrés se vuelve.) Ayer hice una visita.

ANDRES. (Avanzando un poco.) Una visita, ¿á quién?

ISABEL. Á ella. Siéntate aquí á mi lado, y escucha.

ANDRES. (Sentándose.) Abusas de tu poder. ¿Por qué fuíste á verla?

ISABEL. Fuí... no sé á qué fuí, verdaderamente; casi la casualidad fué la que hizo todo. Contreras debía ir con un encargo tuyo, y le rogué que me acompañase á unas compras.

ANDRES. Efectivamente; fué con un encargo mío, qué no pudo cumplir por no encontrar á Villadarias, pero que yo he hecho con una carta mía esta mañana.

ISABEL. Bien; pues... él subió, no halló como dices á ese señor, pero habló con Sara.

ANDRES. No me dijo nada.

ISABEL. Me lo dijo á mí en el coche, y de tal modo me pintó el dolor de la pobre niña... que .. por un movimiento de compasión. . subí.

ANDRES. Mal hecho.

ISABEL. Lo reconozco, pero las mujeres no discutimos en el primer momento estas cosas. No ví más sino que estaba sola y que lloraba.

ANDRES. (Venciéndose poco á poco al dolor.) ¿Lloraba?

ISABEL. (Insinuante.) Amargamente, Andrés. Si tú la hubieras visto como yo la ví, llorando, como una niña que es, rebelándose como se rebelan los débiles contra un hecho en el que nada han puesto, pidiendo tan poca cosa como es el cariño que siente por tí.... (Andrés se vuelve, como no queriendo oir más.) Sí; lo has de oir; has de saber que si tú hubieses estado allí, tal vez hubieras olvidado todo y puesto tu corazón sobre tu conciencia.

ANDRES. ¡Calla! ¡Eso no!

ISABEL. ¿Qué sabes tú, si no lo has visto? ¿Quién te dice que lo que haces está bien hecho?

ANDRES Mi dignidad, que no se equivoca.

ISABEL. ¡Tu dignidad... es tan grande, tan grande, que á su lado tu cariño se ha quedado pequeñito... tan pequeñito... que apenas se le vé!

ANDRES. (Protestando.) ¡Isabel!

ISABEL. No es una crueldad para contigo decirte esto, es sólo advertencia para que midas bien una y otro y te coloques en la realidad. Pon tu dignidad en un lado, tu cariño en otro, añade al pesar la profunda compasión que inspira una niña que ha puesto en esto todo su corazón... y juzga.

ANDRES. (Resolviéndose á hablar.) Mira, Isabel... no discutamos esto: no nos entenderíamos. Tú misma, (Cogiéndola las manos.) déjame que te haga justicia, tú misma reconoces en el fondo que hago bien, que no debo conducirme de otro modo. Así es, por la fuerza de las cosas. ¿No sabes que me hago una terrible violencia? (Con dolorosa expresión.) ¿No ves que como ella, lloro yo tambien? ¿No ves que esto es mi mayor sacrificio? ¡Déjame, deja que el tiempo me dé los medios de solicitarla sin vergüenza ó de olvidarla sin dolor!... ¡Déjame... déjame!... (Yendo sollozando hacia el foro.)

ISABEL. (¡Es imposible!) (Levantándose y siguiéndole.) ¡Es inútil que esperes; morirá antes!

ANDRES. (Volviendo.) ¿Qué dices?

ISABEL. ¡La verdad; yo lo he visto... lo sé! ¡Ah, en esto sabemos más que vosotros! ¡Sí, morirá, no sé de qué... de cualquiera cosa, que los médicos llamarán de un modo ó de otro, pero morirá de eso, de tristeza, de pesar... y la matarás tú... (Movimiento de Andrés.) Sí, tú, que lo das todo al juicio ageno y nada á tu propio corazón. (Andrés queda en dolorosa meditación, apoyado sobre un mueble cerca del foro; Isabel, con aire de despecho, se acerca.) ¿De modo, que es una resolución irrevocable?

ANDRES. ¡Déjame, por Dios! ¿No ves lo que sufro?

ISABEL. (¡Si vieras lo que sufro yo, te espantarías!) (Pausa.) Bien, Andrés; callo, puesto que lo quieres, pero... (Al Criado, que se presenta en el foro.) ¿Qué es eso? ¿Quién le ha llamado á usted?

CRIADO. Señora... como el señor está tan ocupado y el señorito estaba aquí...

ANDRES. ¿Quién es?

ISABEL. Otro importuno. (*Tomando la tarjeta que le da el Criado.*) (¡Él!)

ANDRES. ¡Villadarias aquí!

CRIADO. Yo advertí al señor que estaba usted en las habitaciones de la señora, y á pesar de ello ha insistido.

ISABEL. (*Al Criado.*) Está bien; que pase aquí.

ANDRES. ¿Aquí?

ISABEL. Sí, aquí... ¿Por qué no? (*Vase el Criado.*)

ANDRES. Déjame un momento; con él no me tengo miedo... Contigo... soy débil hasta avergonzarme.

ISABEL. (*Dirigiéndose á la izquierda.*) ¡Andrés!... (*En tono de súplica.*)

ANDRES ¡Déjame, Isabel!... ¿Quién sabe lo que viene á decir?... Vamos, hasta luégo. (*La acompeña sonriendo forzadamente hasta la puerta de la izquierda, donde Isabel, antes de entrar, hace un gesto de súplica.*)

ESCENA III

DANIEL y ANDRÉS

ANDRES. (*Hablando con su corazón.*) ¡Cobarde! ¡Has estado á punto de venderme! (*Á Daniel, que se presenta en la puerta, y con cortés afecto.*) Estoy solo... (*Con forzada sonrisa.*) mejor dicho, ahora empiezo á estarlo; y una visita como la de usted, no debe esperar. (*Ofreciéndole asiento.*)

DANIEL. Muchas gracias, Andrés... (*Sentándose. Pausa.*) Ó hemos de hablar mucho, ó despachamos con cuatro palabras. De usted depende.

ANDRES. ¿De mí? Estoy á sus órdenes. (*Inclinandose.*)

DANIEL. ¿Estamos solos y puede usted disponer libremente de su tiempo?...

ANDRES. Mi tiempo es de usted, y usted lo regula á su gusto.

DANIEL. Gracias... Entonces, una sola pregunta, para saber si debo seguir hablando... ¿Insiste usted en alejarse de mi casa... y de mi hija para siempre?

ANDRES. (*Con dignidad.*) Usted no me ha hecho la ofensa de dudarlo.

DANIEL. (*Dándole cordialmente la mano.*) Es usted un gran corazón y un hombre recto. (*Andrés se inclina.*) La contestación de usted me autoriza á seguir quitando á mi pensamiento los tropiezos de la ambigüedad. No voy á ocultar á usted nada, absolutamente nada, de lo mucho que ignora. Antes de entrar aquí he buscado á su señor padre en las oficinas de banca, no como amigo (y le estimo mucho como tal), sino como acreedor que soy de esta casa por doscientas mil pesetas.

ANDRES. (*Levantándose.*) Lo sabía. (*Pausa.*) Caballero, no soy yo quién, para mezclarme en este asunto... Acompañaré á usted abajo.

DANIEL. (*Que se ha levantado también haciendo señas de que se siente á Andrés.*) No me ha comprendido usted, Andrés. Esas doscientas mil pesetas me pesaban como si hubieran sido de plomo. Haga usted cuenta de que las he tirado á la calle y podré hablar desembarazadamente.

ANDRES. Corriente, (*Sonriendo forzosa, pero cortesmente.*) aunque es difícil la suposición.

DANIEL. No tan difícil; cuando el globo en vez de descender cae, se arroja el lastre aunque sea de oro, porque arrojarlo es salvarse. (*Movimiento de curiosidad en Andrés.*) ¿No entiende usted el símil? Pues es bien claro: yo caigo con usted y arrojo ese dinero para que no nos pese.

ANDRES. (*Con desconfianza.*) Caballero... no sé si voy entendiendo; pero... ¿en que estamos juntos ambos para que caigamos unidos?

DANIEL. (*Acercándose.*) ¿En qué? en un interés en que nos une un lazo común: Sara. Apelo á un corazón que llamé grande ahora poco... Mi hija ha muerto para usted... (*Con alteración en la voz.*) y puede morir para mí.

ANDRES Morir... ¿qué dice usted?

DANIEL. Yo he querido, lo confieso, he querido robársela á usted hasta ayer y que fuera para mí solo, con un feróz

egoísmo de que ya me he curado... Pero... pensar esto es horrible, Andrés... de ayer á hoy he visto que no puede ser, que pretenderlo es peligroso, y que si mi egoísmo la libra de usted, no la libra de la lenta mina de una pasión de ánimo que puede matarla, (Muy conmovido.) ¡matarla! ¡á ella que es mi vida, pobre hija mía! (Oculta sollozando la cabeza entre las manos.)

ANDRES. (Sombrío, pero cogiendo conmovido las manos de Daniel.) ¡Villadarias!

DANIEL. (Reponiéndose.) Perdone usted, Andrés; ha sido un movimiento imposible de evitar... Vamos, vamos á lo que importa... Vengo de casa del médico... (Al ver un movimiento de temerosa curiosidad en Andrés.) no, no se alarme usted... Es que un padre ve más hondo que nadie. (Pausa.) Sara se levantó más alegre que de costumbre, con alegría algo febril, y yo, á escondidas, no fiándome de aquella alegría, he hablado al médico como se habla á un confesor.

ANDRES. Y...

DANIEL. Ya lo he dicho; el médico se ha encogido de hombros diciendo que nada enseñan los libros sobre tratamiento de las pasiones, y poniéndome en guardia contra lo que hoy es un punto de sombra y puede ser mañana la oscuridad eterna... (Queda abismado en su dolor; Andrés se levanta sombrío y conmovido y pasa á la derecha. Después de una pausa, Daniel se levanta y se acerca á Andrés.) Me es imposible dominarme, pero esto no me avergüenza... No he concluído todavía. (Se sientan ambos á la derecha.) He tenido que abrir un poco el pecho porque me ahogaba, pero basta ya: hablemos serenamente, como quien trata negocios en que no se interesa el corazón.

ANDRES. Iba á rogárselo á usted, amigo mío. En este asunto andan tan confundidos para mí el corazón y la dignidad, que apenas sé ya á cuál oir. Agradezco á usted profundamente el paso que ha dado, pero estoy donde estaba, donde no puedo menos de estar.

DANIEL. (Ya repuesto y pausadamente.) Perfectamente... Cumple usted uno de los deberes más elementales, y no protesto contra eso. Oigame usted. (Andrés presta atención.) He dicho que venía á decirlo todo, porque no soy de los que se detienen á mitad del camino. Para mí y para usted se trata aquí de un interés de toda la vida. ¿Es esto?

ANDRES. Es.

DANIEL. Los intereses supremos exigen supremos remedios; vamos á buscarlos poniendo ante todo en claro, muy en claro, las respectivas posiciones.

ANDRES. ¿Cómo?

DANIEL. La situación actual puede modificarse mañana; la liquidación de la casa pudiera (y esto es fácil) dejar todavía activo respetable. En este caso estaríamos en igualdad de condiciones, y debo confiar á su honor cuanto se refiere á mi hija, para desembarazar lo porvenir.

ANDRES. ¿Qué quiere usted decir?

DANIEL. (Pausadamente.) Sara no tiene madre...

ANDRES. Lo sé... pero...

DANIEL. (Moviendo la cabeza.) Entiéndame usted á medias palabras... Ni la ha conocido... ni la conocería... si viviese...

ANDRES. (Separándose aterrado.) (¡Oh, qué horrible!) (Pausa. Daniel coge el sombrero.) Pero eso que usted dice es cerrar para siempre todos los caminos. ¿Quién ha sido, quién es esa mujer? Tengo algún derecho á saberlo. ¿Vive? ¡La verdad, por su honor de caballero!

DANIEL. Vive... ¡Pero ni una palabra más!..

ANDRES. (Con mayor vehemencia.) No hace falta, Villadarias... He entendido á medias. Esa mujer es una mujer despreciable.

DANIEL. (Protestando.) ¡No! (Andrés se vuelve á él.) ¡No lo es!

ANDRES. Entonces... (Pausa.) ¿Ha venido usted resuelto á no callar nada?

DANIEL. Sí.

ANDRES. Bien... mientras yo no sepa cuanto debo saber, seguiré con la voluntad atada. ¿Quién es esa mujer? Empecemos por quitar obstáculos por este lado. (Isabel, que ha salido al empezar á decir Andrés las anteriores frases, oye un momento consternada, y cuando Andrés acaba de hablar, se adelanta hasta quedar detrás de los dos hombres, con la cabeza baja y los brazos caídos en actitud de dolorosa resignación.)

ISABEL. ¡Esa mujer... soy yo!

ESCENA IV

DICHOS é ISABEL

ANDRES. ¡Qué! ¡Tú! ¿Qué dices?

ISABEL. La verdad; yo soy la madre de esa niña.

ANDRES. ¿Que tú eres?... (Mirándola con asombro.) ¿Que tú?... Pero, ¿estás loca, Isabel?

ISABEL. De dolor... sí... (Andrés la contempla un momento con estupor; luégo se dirige á Daniel como para interrogarle. Daniel hace un gesto afirmativo; Andrés entonces se dirige á la derecha y cae abismado sobre una silla, poniendo la cabeza sobre las manos, de codos en el velador. Isabel y Daniel cambian rápidamente en el foro, las siguientes frases:) (Yo no he podido sacrificarme más... Haga usted algo, traiga inmediatamente á Sara... ó la perdemos los dos.)

DANIEL. (Es verdad) (Vase.)

ESCENA V

ANDRÉS é ISABEL; ésta se asegura de que nadie puede oir por el foro, se acerca á la izquierda como para salir mirando antes á Andrés; al llegar á la izquierda cambia de resolución.

ISABEL. (¿Y por qué no?) (Acercándose á Andrés que no ha cambiado de postura, y casi arrodillada dice con acento apagado.) ¿Vas

á escucharme, Andrés? (*Andrés se vuelve poniéndose en pié rápidamente al oirla. Isabel abre los brazos y baja la cabeza, como resignándose á las iras de Andrés, y dice con rapidéz.*) ¡Mátame, sí, mátame! pero oye antes. (*Andrés la mira un momento y vuelve á su primera posición. Pausa.*) Diez años llevo á tu lado, Andrés, diez años, durante los cuales he sustituído para tí las caricias de tu madre... (*Movimiento de Andrés.*) ¡No, no la nombraré más si crees que ofende su memoria, el que yo, que soy peor que ella, la recuerde! Pero no olvides que para tí, sin que á ello me obligara nadie, he tenido cuidados y cariño.

ANDRES. (*Ceñudo y breve.*) No lo he olvidado.

ISABEL. Así, háblame, contéstame, porque ya es mucho que no me hayas hecho salir detrás de ese hombre (*Pausa.*) Pero sólo cuando me hayas oído podrás juzgarme. Óyeme... (*Andrés se levanta sin mirarla, vase al foro como para salir, vuelve á la izquierda lejos de Isabel y dice.*)

ANDRES. ¡Habla!

ISABEL. Ni tú eres malo para que yo quiera engañarte, ni yo tan torpe que no lo conozca. Si te dijera, como las mujeres engañadas de las comedias, que pequé por ignorante, esto sería una comedia más. No; la verdad, por dura que sea; ninguna peca por ignorancia, porque todas tenemos el instinto que nos advierte, y yo, contra el instinto, fui mala, ¡sí, lo fuí! ya ves cómo lo confieso, ¡lo fuí!

ANDRES. Sigue... ¡y la verdad, Isabel!

ISABEL. Toda, y de ella podrá responderte Contreras, que es un hombre de honor, él podrá decirte que la soledad en que mi padre tenía necesidad de dejarme, pudo ser ocasión para ello; que si fuí pronta para caer, fuí más pronta para levantarme, y que si tuve un momento de debilidad, lo he borrado con dieciséis años de fortaleza y orgullo de mí misma.

ANDRES. (*Más afectuoso.*) Esa niña...

ISABEL. Me fué robada inmediatamente y á ello contribuyó

Contreras, por cariño hacia mí, hoy lo reconozco; y me hizo creer que había muerto, para borrar en mi hasta su recuerdo... si esto hubiese sido posible. Hizo mal; yo la hubiera tenido conmigo, yo hubiese sido una madre como las demás, tal vez mejor que las demás, porque me hubiese costado el sacrificio de mi orgullo.

ANDRES. ¿Tú habrías hecho eso?

ISABEL. ¡Lo hubiera hecho, sí!

ANDRES. ¡Sigue!

ISABEL. Después... (Pausa.) después murió mi padre, vinieron para mí días tristes y estrechos que soporté con valor, y en uno de ellos, tu padre, con una generosidad sin límites y sin mirar mi pobreza, me ofreció nombre y apoyo Y acepté jurándome á mí misma respetarle... y he cumplido mi juramento.

ANDRES (Levantándose.) Es verdad, á medias; debiste empezar respetándole, no engañándole; diciéndole la verdad, como á mí ahora, y es posible que estimando esa confesión en lo que valía, hubiese hecho lo que hizo á pesar de ella.

ISABEL. (Lentamente.) ¿Lo habrías hecho tú?

ANDRES. (Impetuoso y noble.) ¡Sí!

ISABEL. Pues bien... (Resueltamente.) no es tarde; llámale: delante de él repetiré lo que he dicho y me someteré á lo que él haga. ¡Llámale, estoy pronta!

ANDRES. Mira, Isabel, que intentas una prueba difícil; mira que puede faltarte valor, y que de tu falta de valor depende mi estimación por tí. Piénsalo, Isabel.

ISABEL. ¡Que lo piense!... Es increíble que no me conozcas todavía, Andrés. (Tocando el timbre)

ANDRES. ¡Es posible!

ISABEL. Está hecho. (Al Criado que se presenta en el foro) ¿Está el señor en la casa?

CRIADO. Sí señora, está en su despacho.

ISABEL. El señorito Andrés le llama.

CRIADO. Está con el señor de Contreras.

ISABEL. Que venga también. (Vase el Criado. Andrés hace un movimiento.) ¿Por qué? Es un testigo que podrá desmentirme, una garantía más para tí.

ANDRES. Voy creyendo que eres mejor de lo que yo suponía... Brevemente; ¿cómo has encontrado á Sara?

ISABEL. (Pasando á la derecha.) No he sido yo, ha sido la casualidad. Ayer vino aquí sin que yo supiera nada... Lo demás lo ha hecho Dios... Ahí están...

ANDRES. ¡Silencio! Déjame hablar á mí.

ESCENA VI

DICHOS, ESPINOSA y CONTRERAS

CONT. (Acercándose á Isabel y en rápido aparte.) (¿A qué esta llamada?)

ISABEL. (¡Lo he dicho todo, todo!)

CONT. (¿Qué has hecho?) (Se separa de Isabel y se queda en el fondo.)

ANDRES. (Con seriedad, pero sin dar tono solemne á sus palabras.) ¡Padre mío, te he llamado porque las circunstancias en que todos estamos exigen aclarar, cuanto antes, las situaciones respectivas, y yo voy á hacerlo con la mía

ESP. ¿Tú? ¿Qué tienes tú que aclarar?

ANDRES. ¡Mucho! Ayer rompí definitivamente con el señor de Villadarias y con su hija, haciéndome una terrible violencia. ¡He cambiado de opinión!

ESP. ¡Cómo!

ANDRES. Sí, me separaban de ella su riqueza y mi modestia. Renunciando á la primera, estarèmos iguales.

ESP. ¡Oh, Andrés, cuánto celebro que al fin!...

ANDRES. No he concluido... En lo porvenir pudiera usted saber incompletamente lo que voy á decirle, y hacer por ello un cargo á mi dignidad. Esa señorita... no ha conocido... ni ha debido conocer á su madre...

ESP. ¡Cómo! ¿Acaso su madre?...

ANDRES. Sí; su madre no podía llamarla suya sin avergonzarse.

ISABEL. ¡Oh! (Con movimiento de estupor. Isabel escucha grave, pero valerosamente, esperando el desenlace de la escena. Contreras va marcando en la fisonomía que comprende el final.)

ANDRES. Yo podía haber cedido en una transacción respecto á la posición de Sara, y lo he hecho. Pero hubiera sido una indignidad hacerlo respecto de su origen, sin saber antes quién es la mujer que no puede llamar hija á su hija... y ya lo sé.

ESP. ¿Quién es?

CONT. (¡Andrés!...)

ANDRES. (Mirando rápidamente á Isabel y conteniendo á Espinosa y Contreras.) ¡Esa mujer fué culpable, pero no perversa; esa mujer tuvo un momento de extravío y muchos años de arrepentimiento; esa mujer fué luégo santa, buena y fuerte, y yo la absuelvo en mi conciencia de hombre honrado!

ESP. ¿Pero sabes?...

ANDRES. Cuanto debía saber mi dignidad... Esa mujer... (Pausa larga.) ¡ha muerto! ¡paz á su memoria!

ISABEL. (Con un grito de gratitud.) (¡Andrés de mi alma!...)

ANDRES. (¿Has podido creer otra cosa de mí?)

ESP. (Fijándose en Isabél.) ¿Qué es esto?

ANDRES. (Cubriéndola con su cuerpo.) Nada; una pequeña conspiración de mujeres. Isabel y Sara contra mí.

ESCENA VII

DICHOS y un CRIADO

CRIADO. ¡El señor de Villadarias!

CONT. (Saliendo al foro.) ¡Adelante! ¡Adelante! (Entran Daniel y Sara, y poco después Calderón y Carlos.)

ESCENA VIII

DANIEL, SARA, ESPINOSA, ISABEL, CONTRERAS, CALDERÓN, CARLOS y ANDRES

CALD. Y nosotros sin anunciarnos; como de la familia. (Mientras Calderón, Carlos y Daniel van saludando á los demás hacia el fondo, Andrés coge de la mano á Sara y la lleva hacia Isabel.)

ANDRES. Aqui la tienes.

SARA. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Isabel!...

ISABEL. (Con gran emoción.) ¡Oh!

ANDRES. ¡Cómo, Isabel! No, al fin habéis podido más que yo. (Á Isabel.) Desde ahora puedes llamarla hija... (A Sara.) ¿Ó prefieres que te llame hijastra? Es feo.

SARA. ¡Oh, no!

ISABEL. (Besándola en la frente.) (¡Hija mía!) (Cogiendo rápidamente la mano á Andrés y besándosela.) ¡Gracias, gracias!

ANDRES. (¿Qué es esto? ¿Es que quieres que me enfade?) (Isabel y Sara quedan sentadas en primer término, á la derecha. Andrés se dirige al fondo y Contreras se acerca á Isabel y Sara.)

CALD. (Como siguiendo una explicación anterior.) No, poco á poco, señores... se explica perfectamente la confusión de las primeras noticias. Los alemanes...

ANDRES. ¿Pero qué noticias?

ESP. Las que produjeron la alarma falsa de ayer. No ha habido semejante derrota.

ANDRES. (Estrechando la mano de su padre.) ¿Es posible?

ESP. Sí; afortunadamente.

CALD. Bien; pero expliquémonos... moralmente la derrota existe... Los alemanes... (Nadie le escucha, excepto Carlos.) los alemanes estaban aquí... en columna cerrada; aqui la artillería... y aquí el general Mac-Mahón. Bueno; pues exactamente lo mismo me sucedió á mí en Alpera mandando el regimiento... (ahora que no está mi mujer) el regimiento... (Enterándose de que nadie le escucha excepto Carlos.) ¡Hombre, me parece bien!

CARLOS. ¡Yo te escucho, papá!

CALD. ¡Vete al diablo! Tú ya me lo has oído contar setenta veces. (Dirigiéndose á los demás.) Decía...

ANDRES. (Cogiéndole y llevándole á Sara é Isabel.) Querido brigadier... deje usted un momento á los alemanes y venga usted á ver á mi futura esposa.

CALD. Tu fu... Señorita... ya tuve anoche el honor... Entonces todas son buenas noticias; tú, te casas, los franceses se casan... digo, ¡oh! ¡perdón, señorita! Es que estaba refiriendo que... (Sara é Isabel prestan atención; Calderón prosigue al ver que le escuchan.)

CONT. (¡Este hombre es imposible! ¡Oiga usted, Calderón!

CALD. ¿Qué? ¡Voy! Perdón, señorita; se lo contaré á usted luégo.

SARA. Con mucho gusto.

DANIEL. (Todos, hasta ella, se alejan de mí.)

ANDRES. Puesto que la mañana más parece de primavera que de otoño, ¿quieren ustedes hacer parejas para una partida de *launtenis* en el jardín? (Sara se levanta y Andrés añade rápidamente al oído de Isabel.) (Quiero abreviarte esta primera visita de Villadarias...)

ISABEL. (Sí, gracias.)

ANDRES. ¿Vamos al jardín, señores? (Movimiento general de asentimiento. Salen primero Espinosa y Carlos que le lleva del brazo. Al salir, se acerca Calderón á Espinosa y dice en la puerta.)

CALD. Tanto mejor. En el jardín le contaré á usted cómo fué que...

ESP. Imposible, brigadier: tengo que quedarme en mi despacho. (Sale con Carlos: movimiento de contrariedad en Calderón, que permanece en la puerta en el momento en que sale Contreras.)

CALD. ¡Ah! Decía á usted antes, que los alemanes...

CONT. No puede ser, Calderón. Iba refiriéndoselo yo.

CALD. Digo, que... (A Andrés.)

ANDRES. ¿Pero va usted á contármelo otra vez?

CALD. ¡No, hombre! Te contaré otra cosa.

ANDRES. Vaya, bueno. Hoy estoy de buen humor.

ESCENA ÚLTIMA

ISABEL y DANIEL

ISABEL. ¡Se ha ido! ¡Se ha ido sin decirme nada! ¡Sara!

DADIEL. Es inútil, Isabel. En su corazón no hay ya lugar más que para uno... por toda la vida.

SARA. (Apareciendo.) ¿Me han llamado?... ¡Qué! ¿No venís?...

ANDBES. (Dentro.) ¡Sara!

DANIEL. Ya lo has visto. Ese es mi castigo.

ISABEL. Y mi tormento. ¡Oh, qué horrible tormento; qué horrible!

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELA

Drama en prosa. Un tomo.
Después del combate. Uno íd.
El corazón y la cabeza. Uno íd.
La hija de Miracielos. Uno íd.
El vencejo de Burgaleda. Uno íd.
La estatua (edición ilustrada.) Uno íd.
Cuentos del vivac (bocetos militares.) Uno íd.

TEATRO

El primer jefe. Comedia en un acto y en prosa. (Teatro Lara.)
Pepito Melaza. Comedia en un acto y en prosa. (Idem.)
Genoveva. Comedia en tres actos y en prosa. (Teatro de la Princesa.)
Tormento. Comedia dramática en tres actos y en prosa. (Idem.)

Hombs	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	La raposa..............	1	Monasterio y Chapí..	L y M
»	»	La vida en la Aldea....	1	Eugenio Contreras..	M.
»	»	Los aparecidos.........	1	Arniches y Lucio....	L.
»	»	Los vecinos del segundo.	1	Pérez y González y Rubio.............	M y 1|2L
»	»	No se permite fijar carteles...............	1	Gaspar Espinosa....	M.
»	»	Ordeno y mando	1	Navarro y Rubio....	L y M.
»	»	Otro monaguillo........	1	Gaspar Espinosa....	M.
»	»	Pasante de notario.....	1	Navarro y Brull.....	M y 1|2L
»	»	Ronda de primos......	1	Casanova é Ibarrola .	L.
»	»	Toros y cañas	1	Calixto Navarro.....	L.
»	»	Agustina de Aragón ...	2	Mas y Prats y Mariani	L y M.
»	»	La mujer de mi papá...	2	Pina y Vidal........	L y M.
»	»	Mano blanca no hiere..	2	Paris, Mangialli y Conrote.............	L y M.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; del *Sr. Escribano*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.